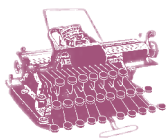


Colección
Pensamiento y cultura latinoamericanos
UNIVERSIDAD VERACRUZANA



Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

NAYELLI CASTRO RAMÍREZ

*Traducciones, encuentros y
desencuentros en la historiografía
latinoamericanista durante
la Guerra Fría*

Colección
Pensamiento y cultura latinoamericanos

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Martín Gerardo Aguilar Sánchez
RECTOR

Juan Ortiz Escamilla
SECRETARIO ACADÉMICO

Lizbeth Margarita Viveros Cancino
SECRETARIA DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Jaqueline del Carmen Jongitud Zamora
SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Agustín del Moral Tejeda
DIRECTOR EDITORIAL

Norma Angélica Cuevas Velasco
DIRECTORA DEL INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICO- LITERARIAS

Rodrigo García de la Sierra
COORDINADOR DE LA COLECCIÓN

NAYELLI CASTRO RAMÍREZ

*Traducciones, encuentros y
desencuentros en la historiografía
latinoamericanista durante
la Guerra Fría*

Colección

Pensamiento y cultura latinoamericanos



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

Clasificación LC: P306.8.XL C37 2022
Clasif. Dewey: 418.02098
Autor: Castro Ramírez, Nayelli.
Título: Traducciones, encuentros y desencuentros en la historiografía latinoamericanista durante la Guerra Fría / Nayelli Castro Ramírez.
Edición: Primera edición.
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 2022.
Descripción física: 107 páginas ; 17 cm.
Serie: (Colección Pensamiento y cultura latinoamericanos)
Nota: Bibliografía: páginas 97-106.
ISBN: 9786078858644
Materia: Traducción e interpretación--América Latina--Historia--Siglo XX.

© Traducciones, encuentros y desencuentros en la historiografía latinoamericanista durante la Guerra Fría/ Nayelli Castro Ramírez
Primera edición, 7 de diciembre de 2022
D. R. © Nayelli Castro Ramírez
D. R. © Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Nogueira núm. 7, Centro, cp 91000
Xalapa, Veracruz, México
Tels. 228 818 59 80; 818 13 88
direccioneditorial@uv.mx
<https://www.uv.mx/editorial>

Diseño editorial: Mayra Díaz Ordoñez
Impreso en México. Printed in Mexico
ISBN: 978-607-8858-64-4
DOI: 10.25009/uv.2872.1710

Índice

Agradecimientos

9

1. Los discursos historiográficos
latinoamericanistas y la traducción

II

2. Latinoamericanismos encontrados

2I

3. Dos rutas de encuentro, dos invenciones
de América, dos Américas

49

Notas

89

Bibliografía

97



La presente colección ha sido concebida como un espacio para la reflexión ensayística sobre los diversos temas de tipo histórico, social, estético y literario que atañen a Latinoamérica. Pero más que una realidad fáctica, América Latina es para nosotros un emplazamiento, en el doble sentido de la palabra: una localización o punto de mira, a la vez que un llamamiento, una vocación para la construcción de un sentido de pertenencia cultural mediante una escritura que se sabe y se reafirma como pensamiento. En ese sentido, los ensayos que componen esta colección aspiran a encontrar cobijo dentro de la noble tradición tutelada por esas grandes figuras históricas e intelectuales que, como José Martí o tantos otros, han pensado y escrito acerca de Nuestra América desde una pertenencia ciertamente problemática, pero sobre todo intensamente entrañable.



Agradecimientos

Hace apenas 5 años, en octubre de 2017, tuve la gran fortuna de participar en las actividades de la Cátedra José Martí, coordinada por el Dr. Rodrigo García de la Sienna. En esa ocasión, el coloquio “Traducción e Historia intelectual, más allá de los espacios nacionales” extendía una invitación a reflexionar sobre los puentes disciplinarios entre historia y estudios de traducción; invitación que llevaba implícito un llamado a superar los enfoques centrados en espacios nacionales para repensar, entre las lenguas, ese complejo tejido de relaciones y espacios de sociabilidad tan enriquecedores como inesperados en el ámbito del latinoamericanismo.

Este ensayo, si bien distinto del trabajo que motivó mi participación en el coloquio de 2017, debe a la Cátedra José Martí la inspiración para volver sobre ese emplazamiento geográfico e intelectual que constituye América Latina. Agradezco, pues, la oportunidad que se me da aquí de continuar el diálogo iniciado en 2017. Agradezco también la lectura crítica y prolija de los dictaminadores, así como también el cuidado editorial vertido en estas páginas. Agradezco, finalmente, la hospitalidad de la Cátedra para seguir ensayando puentes y enfoques que me permiten acercarme a la producción de latinoamericanismos que se dicen y viven en múltiples lenguas, apelando constantemente a nuevas traducciones de nuestra región.

Los discursos historiográficos latinoamericanistas y la traducción

El estudio de la historia latinoamericana forma parte de la construcción de los discursos latinoamericanistas que, a lo largo del siglo XX, han sido clave para la representación de la región. Dicha representación debe, pues, mucho a lo que hoy conocemos como “latinoamericanismo”. En un trabajo reciente, Degiovanni (2018) emprende un acercamiento distinto al fenómeno al poner en tela de juicio la abstracción del término “latinoamericanismo” en singular. Para el autor, esta abstracción es resultado de una jerarquía que da comienzo con Rodó a fines del siglo XIX y que a lo largo del siglo XX opuso un discurso latinoamericanista “vernáculo”, enunciado desde Latinoamérica y en español, a otro, “metropolitano”, enunciado desde Estados Unidos y en inglés. En contraste con la abstracción que singulariza la región, para Degiovanni, pueden sostenerse varios latinoamericanismos que, a su vez, pueden considerarse como “vernáculos”, porque vehiculan “la serie de saberes [*knowledges*] articulados en torno a la idea de Latinoamérica como un espacio unificado, cuyo fin último es la integración regional” (2018: 2).

El adjetivo “vernáculo”, que aquí sirve de modificador a los distintos latinoamericanismos, cumpliría con la función de señalar el lugar preciso de enunciación de múltiples discursos, prescindiendo de la cuestionable dicotomía “autenticidad” y “artificialidad” que encajona la producción discursiva latinoamericanista en problemáticos esencialismos. Sin ignorar las innegables asimetrías que predominan, e incluso caracterizan el campo, subrayar el carácter “vernáculo” de los discursos que desde él se articulan matiza el privilegio de un lugar de enunciación determinado para centrar el análisis en “la pugna de miradas, los desplazamientos geográficos y la transformación constante de perspectivas políticas y epistemológicas” (2018: 6).

Con base en el descentramiento de los discursos latinoamericanistas que Degiovanni propone, mi propósito es abordar precisamente algunos encuentros y desencuentros entre esos discursos en el contexto de la Guerra Fría. Consciente de que la periodización de este largo conflicto varía según los actores considerados,¹ la reflexión que propongo se interesará principalmente en la faceta cultural de las primeras décadas de esta conflagración global. El término “Guerra Fría cultural” remite a la vertiente “psicológica” del conflicto en la cual fueron fundamentales las representaciones discursivas del hemisferio. Caracterizarla como “cultural” contribuyó a definirla también como una batalla por “las mentes de

la humanidad” [*a battle for men’s minds*], librada con “un vasto arsenal de armas culturales” (Saunders 1999: 2). El fenómeno no puede entenderse sin la cooperación activa de redes intelectuales que se adaptaron al conflicto, refractando agendas políticas e intereses propios. De ahí que Joseph y Spenser (2008) hayan señalado la necesidad de analizar la Guerra Fría más allá de las políticas e intervenciones que enfrentaron a las dos grandes potencias, para comprender también el papel que los discursos [*language*] y los sistemas simbólicos generadores de sentido desempeñaron en la configuración de otros espacios de sociabilidad directa o indirectamente involucrados en el conflicto. En otros términos, un acercamiento a algunos de los discursos latinoamericanistas de la época implica también analizar la producción de representaciones y las prácticas sociales y disciplinares a las que dieron lugar en distintos ámbitos y lenguas.

El campo de los estudios latinoamericanistas es vasto y robusto. A su desarrollo y consolidación en el siglo XX anteceden las preocupaciones identitarias e intelectuales que desde el siglo XIX alimentaron una rica tradición ensayística preocupada por definir y representar la región. Textos icónicos como la “Carta de Jamaica”, de Bolívar (1815), el célebre ensayo “Nuestra América”, de Martí (1891) y el *Ariel* de Rodó (1900), por no mencionar sino a los más consagrados, dan cuenta de un latinoamericanismo de largo aliento que

poco a poco se fue articulando en un corpus imprescindible para pensar la región y definir a sus habitantes. A este corpus se sumaron en el siglo XX otros discursos que dieron lugar a la formalización académica de la reflexión, contribuyendo así a definir su geografía desde perspectivas lingüísticas, disciplinarias y teóricas variadas y, con frecuencia, contrapuestas. De ahí que, de acuerdo con Idelber Avelar (2000), entender el latinoamericanismo implique no solo una familiaridad con sus textos canónicos, sino también rastrear en ellos los procesos mediante los cuales el postulado de la identidad continental equivale a una serie de exclusiones, inclusiones y posicionamientos que interpelan y construyen distintos sujetos “latinoamericanos”.

Al igual que el latinoamericanismo, la historiografía latinoamericanista, subcampo de la disciplina histórica que se consolida como tal en la segunda posguerra, se desdobra en múltiples discursos y en, por lo menos, dos lenguas, el español y el inglés, las cuales además de traducirse mutua y selectivamente, iluminan campos disciplinarios distintos y espacios que trascienden ámbitos nacionales.

Las traducciones, tanto aquellas entre el español y el inglés, como otras que involucran lenguas como el francés, el alemán, el ruso y el portugués, son resultado del hacer de redes intelectuales tejidas y consolidadas en esos años y

cumplen con las más variadas funciones. La alternancia lingüística en los espacios de cooperación internacional y de encuentro intelectual es uno de los puntos neurálgicos para la construcción de los discursos latinoamericanistas por medio de los cuales se negocia, representa y construye la posibilidad de una región en disputa. En otros términos, en los primeros dos décadas de la Guerra Fría, por medio de las traducciones, los constructores de los diferentes latinoamericanismos en pugna negocian, representan y construyen sus propias visiones de la región y su historia.

Resaltar la presencia de estas traducciones en la historiografía latinoamericanista arroja luz sobre los claroscuros de las iniciativas de cooperación intelectual y negociación cultural en un contexto marcado por fuertes tensiones geopolíticas, pero también ilumina una preocupación compartida tanto por los historiadores como por los estudiosos de la traducción. Entre los historiadores, la metáfora del pasado como un país extranjero y del historiador como un traductor entre pasado y presente traza la estrecha relación entre las tareas de historiar y traducir. Particularmente en el último cuarto del siglo XX, la analogía entre el historiador y el traductor permitió a una rica veta de pensamiento historiográfico postular que, al igual que un traductor garantizaría la inteligibilidad entre dos entidades extrañas entre sí, el historiador podría adoptar el papel de mediador entre dos experiencias históricas, con vocabularios y discursos inconmensurables.

Con base en este símil, Peter Burke afirmó que “los historiadores son mediadores entre el pasado y el presente y se enfrentan a los mismos dilemas que otros traductores, al servir a dos amos e intentar conciliar fidelidad al original con inteligibilidad para los lectores” (2010:11, a menos que se indique lo contrario, las traducciones son más). La escisión que resulta de esta analogía tiene ecos en la fidelidad dividida que ya en el siglo XIX Schleiermacher, figura canónica entre los estudiosos de la traducción, describió como fundamento de las diferentes maneras de traducir. La coincidencia entre la historia cultural y el estudio de la traducción va, sin embargo, más allá de esta rica metaforización si recordamos que, la historia cultural también se ha interesado por subrayar la inestabilidad de los vocabularios, prácticas y discursos, alertando sobre el hecho de que los marcos interpretativos y los lugares de enunciación del discurso historiográfico con frecuencia se constituyen recurriendo a los mismos recursos retóricos que dan forma a la literatura, entre ellos la traducción. Planteada en estos términos, la tarea de traducir cobra una importancia no menor para cierta empresa historiográfica y “debería considerarse menos como una solución definitiva a un problema que como una concesión complicada que implica pérdidas y renuncias para dejar un espacio abierto a la negociación” (2010: 13).

Sin embargo, no es esta la única manera en que los límites entre historia y traducción parecen atenuarse para revelarse como procesos y prácticas de representación ancladas en las lenguas y los discursos de distintas épocas y culturas. Entre los estudiosos de la traducción, particularmente aquellos abocados a la investigación historiográfica, a partir de los años ochenta del siglo XX, se ha señalado la necesidad de ir más allá de enfoques basados en la lingüística estructural y en la estilística prescriptiva para acercarse a perspectivas que permitan contextualizar mejor la función y alcance de las traducciones y los traductores. En otros términos, más que determinar las correspondencias lingüísticas entre lenguas y textos distintos, para los estudiosos de la historia de la traducción, se ha ido convirtiendo en prioridad analizar cómo y qué significados se producen al traducir o retraducir un texto a partir de lenguas y contextos históricos distintos. Así, historiar la traducción no remite solo a analizar el traslado lingüístico con que tradicionalmente se asocia el término, sino también a examinar de cerca una operación compleja de reconstrucción y producción de significados que desborda las equivalencias lingüísticas y la simultaneidad de textos y autores, para extenderse diacrónica y sincrónicamente.

Además de la fructífera y sugerente coincidencia de los estudios de traducción con la historia cultural, quisiera mencionar aquella, no menos productiva, que los historiadores

de la traducción han hallado con otro enfoque historiográfico afín: la historia intelectual. Con límites tan porosos como los de la historia cultural, la historia intelectual linda, por un lado, con la historia y la sociología de los intelectuales, y por el otro, con la historia de las ideas y la historia conceptual. Esta nube un tanto difusa de enfoques historiográficos ha permitido que la reflexión historiográfica de los traductólogos supere el objetivo de visibilizar el papel de traductores a lo largo de la historia, para buscar contribuir a un conocimiento historiográfico construido de manera interdisciplinar.

Se trata, empero, de una interdisciplinariedad muy relativa, pues como Valero (2022) sugiere acertadamente, la historia intelectual y la historia de la traducción se han desarrollado paralelamente a pesar de sus muchos intereses comunes. Esto es, sin entablar un diálogo explícito, ambos enfoques dan prioridad al análisis de las fuentes atendiendo a funciones literarias como el autor y el lector, la multiplicidad de interpretaciones posibles de los textos, sus contextos de producción, así como también, los soportes materiales que hacen posible su circulación y consumo. Añadamos a esta lista de intereses compartidos la atención particular que los historiadores intelectuales y los estudiosos de la traducción dedican a los procesos de producción de significado y el análisis discursivo de las fuentes. Como se ve, la combinación de ambos enfoques construye un objeto de estudio cuya textualidad trasciende

límites geográficos, temporales y lingüísticos. La superación de estos límites es tanto más enriquecedora cuanto que al examinar la falta de coincidencia entre espacios culturales, intelectuales e incluso temporales, ilumina la manera en que nuestras formas de decir o de nombrar, y con ellas nuestra experiencia de la historia, se modifican en cada traducción. En otros términos, el cónclave entre historia de la traducción e historiografía enfatiza la naturaleza discursiva de la historia. Para los estudiosos de la historia de la traducción, centrar la atención en el texto historiográfico como discurso traductor y traducible es una condición *sine qua non* de su estudio, pues es precisamente como enunciación de un “yo-aquí-ahora” (Benveniste 1970) que puede analizarse cómo cobra significado. Para la historia de la traducción, se trataría entonces de arrojar luz sobre el texto historiográfico como dispositivo de enunciación que, más que reflejar un hecho histórico, lo produce, anclando al historiador y al traductor en una lengua, un tiempo y un espacio determinados. Este triple asidero a su vez da lugar a un *ethos*, esa figura retórica que los analistas del discurso retoman para examinar la corporalidad y la voz del enunciador de un discurso (Amossy 2016). Si, como la metáfora de Burke sugiere, las labores del historiador y del traductor son semejantes, es precisamente por este *ethos* que, de manera inevitable, impone una concreción lingüística y textual al relato del pasado, imponiéndole

en cada iteración un asidero temporal y, por ende, dejando abierta la posibilidad de otros relatos y otras traducciones.

Metodológicamente, la combinación de esta perspectiva discursiva con las perspectivas de la historia intelectual y los estudios de traducción se revela sumamente productiva porque da pie a la indagación sobre las ontologías, enunciadores, lenguas y discursos de cierta historiografía latinoamericanista. Esta perspectiva permite acercarse a la factura de un texto historiográfico y sus traducciones para evidenciar sus costuras y las experiencias históricas en juego. En las siguientes páginas, sigo la huella de algunas de estas traducciones en los espacios disciplinares e institucionales desde los cuales se fue construyendo la región en un periodo por demás contencioso. Como se verá, entre las tareas que se encomienda a las traducciones está la de servir de punto de encuentro a las agendas políticas y a los discursos de conocimiento que aspiran ya sea a la integración regional o a su construcción historiográfica.



Latinoamericanismos encontrados

Aunque las tensiones entre los discursos que aspiran a aprehender la región, apelando ya a su herencia colonial (hispanoamericanismo/ iberoamericanismo), ya a su pertenencia a un ámbito cultural distinto de su vecino del norte del hemisferio (latinoamericanismo), ya a su integración en una comunidad continental, pueden rastrearse desde fines del siglo XIX, Ardao (2018 [1986]) sitúa en la segunda posguerra el momento en que el término “latinoamericanismo” logra imponerse sobre “panamericanismo”, baluarte de las relaciones hemisféricas promovidas desde Washington. En este contexto se produce un desplazamiento hacia un escenario de cooperación internacional, el cual ahora se designa como “interamericano”, término que busca evocar relaciones menos asimétricas entre “las Américas”. Así, en 1948, fecha de la creación de la CEPAL, el uso de “América Latina” en la designación oficial de un organismo internacional representa “un fenómeno de revisión orgánica del panamericanismo en el marco regional; fenómeno de reconocimiento internacional del latinoamericanismo en el marco mundial” (2018: 190). El reconocimiento al que Ardao se refiere se acompañó

de una mirada crítica al imperialismo estadounidense. De tal suerte, en la segunda mitad del siglo XX, la referencia a América Latina o Latinoamérica, evoca un referente regional pero también “es en definitiva un nacionalismo en cuanto expresión de una verdadera conciencia nacional” (2018: 194), cuando el lugar de enunciación es el “área” evocada. En cambio, *Latin America* y *the Americas*, al articularse en un espacio lingüístico exterior, evocan la conciencia de una alteridad que también habrá de articularse de maneras distintas a partir de la segunda posguerra. En este sentido, latinoamericanismo e interamericanismo son términos que designan la región y las relaciones hemisféricas en una suerte de espacio limítrofe o de contención que, aún bajo la influencia de la política de buena vecindad de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), parecía por fin dar lugar a relaciones continentales menos asimétricas (Keller 2013).

Las traducciones entre el español y el inglés, pero también entre ambas lenguas y el portugués, contribuyeron a respaldar estas buenas intenciones interamericanistas, promoviendo no solo la representación y el conocimiento mutuos, sino demostrando con hechos palpables la voluntad de construir espacios de inteligibilidad y sociabilidad.

Uno de estos espacios fue la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), creada en 1947 y dirigida por Silvio Zavala (1909-2014)

hasta 1965. Fundado a fines de los años veinte y con sede en México, el IPGH se convirtió en el órgano científico de la Organización de Estados Americanos en 1948. La primera reunión de consulta de su Comisión de Historia reunió a delegados de veinte países del continente y tuvo una ambiciosa agenda,² que incluyó entre otras cosas la propuesta de Leopoldo Zea (1912-2004) de crear un Comité de Historia de las Ideas en América.³ Tras la aprobación de la propuesta, Zea dirigió y orientó los trabajos del Comité entre 1948 y 2004. La propuesta de Zea ante el IPGH se dio a su retorno de un viaje por Sudamérica entre 1945 y 1947, en el que el filósofo se propuso ampliar a un ámbito regional su investigación sobre la historia de las ideas en México, emprendida años antes bajo la dirección de José Gaos (1900-1969) en El Colegio de México. Financiado por la Fundación Rockefeller, el viaje fue uno de muchos episodios en los que el interamericanismo se extendió al ámbito intelectual, revelando tensiones entre los discursos latinoamericanistas de la época. En “Autopercepción intelectual de un proceso histórico”, Zea proporciona un relato a través del cual emergen los compromisos y negociaciones que caracterizaron las relaciones en el ámbito intelectual. En este caso, las negociaciones se llevaron a cabo entre William Berrien,⁴ Daniel Cosío Villegas, José Gaos, y el propio Zea y tuvieron por objeto, precisamente, un polémico artículo de este último sobre “Las dos Américas”, que ponía en riesgo el financiamiento de la

Fundación Rockefeller a su proyecto de investigación. Vale la pena retomar el testimonio de Zea sobre el intercambio:

Berrien habla con Zea. Le pregunta: “¿Conoce usted los Estados Unidos?”. “No, casi no he salido de la Ciudad de México.” “Bueno, voy a hacer que le concedan la beca, pero usted irá por seis meses a los Estados Unidos, donde existen bibliotecas con el material que usted necesita sobre América Latina. Después conocerá usted la otra América para completar lo que le falte y entrar en contacto con quienes trabajan ese tema en la región. Pero antes, a fines de junio, le espero en Harvard y me dirá qué piensa después de conocer los Estados Unidos”. Puntualmente asiste Zea a la cita con el maestro estadounidense, que le preguntó: “¿Sigue usted pensando que lo central en los Estados Unidos es cuenta y medida?” “Sí”, le contestó; y le expuso lo que había visto a lo largo de su visita por el sur de Estados Unidos, Washington, Nueva York, Nueva Inglaterra y Chicago. “Bien, tiene razón, ahora salga para la América Latina” (Zea 2012 [1988]: 491).

El fragmento interesa, en primer lugar, por las estrategias discursivas observables. Es imprescindible subrayar el uso de la tercera persona y del discurso directo en una narración autobiográfica. Ambos recursos contribuyen a reforzar la figura de un “otro” y han sido catalogadas como estrategias de “heterogeneidad mostrada” (Authier-Revuz 1982:141), es decir, estrategias que tienen por objetivo distanciar al locutor de lo que se dice y subrayar la alteridad en el discurso. En

otros términos, al elegir estas estrategias retóricas Zea toma distancia de sí mismo, de Berrien y de lo narrado: no soy yo, no son mis palabras, soy un mero observador. Entre las razones para distanciarse del acontecimiento puede aducirse tanto la intención de matizar un “yo”, evitando con ello un relato egocéntrico, como la necesidad de plasmar el paso del tiempo: el relato es inevitablemente retrospectivo y la distancia observada traduce una diferencia temporal. Una tercera explicación, sin embargo, remite a un uso deliberado de este recurso retórico que traería como resultado la autorización de lo narrado. De acuerdo con Authier-Revuz, en el discurso directo, el locutor se convierte en un “director de orquesta” al centro de su enunciación y con el poder de administrar el discurso de otros (y el suyo), creando la ilusión de que lo dicho es “adecuado, apropiado, transparente y verdadero” (1982: 144). Esta estrategia formal para acrecentar el valor epistémico de lo narrado se complementaría con el conocimiento de primera mano de esa “otra América” que el viajero construido en este relato dice haber obtenido tras su estancia de seis meses en Estados Unidos.

Además, el fragmento autobiográfico de Zea es sugerente por el rodeo por Estados Unidos que la Fundación Rockefeller pone como condición a su viaje por Sudamérica, en el entendido de que en ese país “existen bibliotecas con el material que usted necesita sobre América Latina” (Zea

2012 [1988]: 491). En efecto, en el marco de iniciativas como el Plan Farmington (1948) y, posteriormente, el *Latin American Acquisitions Program* (1956), las bibliotecas estadounidenses desarrollaron imponentes colecciones bibliográficas y documentales que fueron clave para la consolidación del latinoamericanismo en ese país, pero también para la cooperación intelectual hemisférica,⁵ como puede leerse en el episodio relatado por Zea.

A decir de Howard Cline, uno de los principales cronistas del latinoamericanismo estadounidense, estos primeros años posteriores a la segunda posguerra, se caracterizaron por:

[U]n entusiasmo hacia Latinoamérica que dio lugar a ambiciosos programas de intercambio intelectual por medio de becas, donaciones, la publicación de muchos libros indispensables y la organización de conferencias dedicadas a abordar todos los aspectos imaginables sobre aquellos a quienes entonces generalmente llamábamos “nuestros buenos vecinos” (1966a: 59).⁶

Además de consolidar una inquietud intelectual e identitaria que dio continuidad a un latinoamericanismo constituido en oposición al latinoamericanismo estadounidense en la primera mitad del siglo XX, el Comité de Historia de las Ideas en América impulsado por Zea trajo como resultado una serie de publicaciones, también financiadas por la Fundación Rockefeller y publicadas en la colección editorial

Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica (Rodríguez Contreras 2019). Asimismo, en 1949, la publicación de *Dos etapas en el pensamiento de Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*, aunque fuera de esa colección, llevaba la dedicatoria “A la Fundación Rockefeller y a todas las instituciones y personas que han hecho posible este libro” y cumplía con la misión, fijada de antemano, de encontrar en la historia de las filosofías latinoamericanas lo que su autor ya había encontrado en la filosofía mexicana, esto es, la evidencia de un pensamiento latinoamericano “auténtico” definido por su capacidad de responder a circunstancias históricas concretas. Volveré más adelante sobre la postura historicista que animó este proyecto. Por el momento quisiera resaltar el discurso latinoamericanista que subyace a la obra de Zea.

En el prefacio, al retomar los propósitos que orientaron su viaje a Sudamérica y su propuesta de crear el Comité mencionado anteriormente, el autor remite a un interés creciente “por el estudio de las ideas, el pensamiento y la filosofía en Iberoamérica”; interés palpable en investigaciones, publicadas o en preparación, de autores representativos no solo del ámbito latinoamericano, pues también se citaba el trabajo de William Rex Crawford, *A Century of Latin-American Thought*, publicado en 1944.⁷ La consideración de este último trabajo parecía sugerir que no había oposición entre esas dos Américas y que el estudio de las ideas podía,

efectivamente, ser objeto de cooperación hemisférica. El siguiente fragmento es sugerente al respecto:

El presente trabajo, no es necesario decirlo, no pretende ser exhaustivo. Todo lo contrario, son muchas, quizá demasiadas las lagunas que en él podrán ser encontradas. En realidad, trabajos de esta naturaleza sólo podrán ser perfectamente realizados cuando se hayan escrito las historias de las ideas, el pensamiento y la filosofía de cada uno de nuestros países, y de la comparación de todas ellas se deduzca lo que las caracteriza como miembros de esa comunidad llamada Hispanoamérica, Iberoamérica o América (Zea 2012 [1988]: 10).

Si bien la deixis del fragmento construye con claridad el lugar de enunciación del discurso (“este trabajo”, “en él”, “de esta naturaleza”, “nuestros países”), la multiplicación de topónimos (“Hispanoamérica, Iberoamérica o América”) nubla esta claridad al vacilar entre términos que evocan, por medio de una ambigua sinonimia, los miembros de la comunidad imaginada por Zea. La ambigüedad fue productiva en este caso, pues la traducción al inglés de la obra, publicada en 1963, confirmaba que esa comunidad de denominación fluctuante podía incluir también a un lectorado anglófono. Una nota de agradecimiento de los traductores, James H. Abbott (1924-2005) y Lowell Dunham (1910-2001), reconoció al autor “for personal interviews and for extensive correspondence in which he was kind enough to help clarify

passages presenting some difficulty” (Abbott & Dunham 1963: ix). Un prefacio adicional, a cuenta de los traductores, presentó una exposición de motivos y objetivos en los siguientes términos:

This translation has been undertaken because of a kind of a missionary zeal or enthusiasm that often compels translators to carry the message of an author to a wider reading public. Zea's *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, to which we have given the more inclusive title *The Latin-American Mind*, is a vital book for twentieth-century Americans. We trust that it will provide a better understanding of Latin America and her problems and that it will be useful to diplomats, politicians, businessmen, social and political scientists, and others who wish to understand the Latin-American nations. We trust, also, that the translation has not done too much violence to the original and that it will add something to the already commanding stature of one of Spanish America's most competent and serious thinkers, who hopes that '*mi libro ayude a establecer comprensión entre norteamericanos y latinoamericanos*'. His efforts, like those of many of the men he discusses in his book, are directed toward understanding and helping 'our America' (Abbot & Dunham 1963: ix).⁸

La obra de Zea y su traducción iluminan algunas de las expectativas a las cuales los discursos latinoamericanistas buscaron responder. Zea esperaba que el libro diera lugar a un proceso de autoconocimiento que, a su vez, terminaría por reforzar el sentido identitario y de pertenencia a una

región que no atinaba a nombrar unívocamente. Abbott y Dunham, sus traductores, esperaban construir una imagen “más incluyente” [*more inclusive*] de la región y persuadir a los lectores de la utilidad práctica [*it will be useful*] de tener una mejor comprensión de los problemas de las naciones latinoamericanas. Para cumplir con este propósito, Dunham, en particular, invirtió considerables esfuerzos, como lo relató el reseñista de su traducción para el *Journal of Inter-American Studies*. De acuerdo con este último, el traductor, lleno de admiración por el trabajo de Zea, habría llevado a cabo una labor de convencimiento que se prolongó por espacio de dos años en la editorial de Universidad de Oklahoma hasta finalmente lograr la publicación de la obra. El libro de Zea traducido al inglés era, también, un buen signo de que la comunidad académica por fin admitía el mérito y necesidad de las traducciones (R.E.M. 1963: 556).

Con todo, entre la publicación de *Dos etapas* (1949) y su traducción al inglés (1963), el escenario de la política de buena vecindad había cambiado. Efectivamente, entretanto, los proyectos de integración hemisférica se habían convertido en armas empleadas durante la Guerra Fría para conjurar lo que Estados Unidos concebía como la amenaza de penetración comunista en el continente (Keller 2013:548); amenaza que se acrecentó en 1961 con el viraje de la Revolución Cubana hacia el socialismo soviético.

Además de las tensiones mencionadas anteriormente, es importante considerar que en este contexto los discursos latinoamericanistas descansan sobre la configuración de las disciplinas que los nutren. Examinemos primero la configuración del latinoamericanismo estadounidense. Hasta el tránsito del decenio de los años cincuenta a los sesenta, este discurso se construyó con base en las contribuciones de tres ámbitos disciplinarios constituidos en la primera mitad del siglo XX. El primero, un hispanismo de corte peninsular presente desde principios del siglo XX y representado por Federico de Onís (1885-1966) quien, desde la Universidad de Columbia en Nueva York, a partir de 1916, tuvo a su cargo la misión de asegurar la presencia cultural de España en Norteamérica por medio de la enseñanza del español o los *Hispanic Studies*. Tras la caída de la República española, esta disciplina se vio fortalecida con la llegada de Américo Castro (1885-1972) y otros intelectuales españoles quienes, al integrarse como exiliados al medio académico estadounidense, con las debidas credenciales, también contribuyeron a impulsar la agenda panamericanista y la política de buena vecindad (Degiovanni 2018: 85-87). En el campo de acción de este hispanismo peninsular trasplantado, Harriet de Onís (1899-1969) complementó la agenda peninsular de Federico de Onís, dotando al movimiento de un repertorio textual indispensable para su misión, por medio de sus traducciones de más de cuarenta obras literarias latinoamericanas, del

español y del portugués (Munday 2008:65). Publicadas con frecuencia por recomendación de la traductora en la editorial Knopf, estas traducciones buscaron colmar la necesidad bibliográfica de los programas académicos, entonces en estado emergente.

Un segundo ámbito disciplinario que abonó al latinoamericanismo estadounidense de la Guerra Fría estuvo representado por Jeremiah Ford (1873-1958) y sus discípulos en la Universidad de Harvard, Alfred Coester (1873-1958), Isaac Goldberg (1887-1938) y Sturgis Leavitt (1888-1976). Desde principios del siglo, juntos se dieron a la tarea de reorientar el tradicional hispanismo estadounidense (representado por De Onís). Al centrarse éste en la región hispanohablante del continente, excluía a Brasil; país al que Ford y sus discípulos buscaron incluir en la cooperación comercial panamericana que Estados Unidos buscaba. Desde esta perspectiva, el estudio de las literaturas latinoamericanas en español y portugués constituía una ventana a la mentalidad de esos países [*Latin American mind*] y como tal debía estudiarse. Una muestra temprana de esta intención fue la publicación, en 1916, de *Literary History of Spanish America*, de Alfred Coester, a la cual sucedieron muchas antologías de traducciones literarias, expresamente concebidas para capacitar a diplomáticos y empresarios en sus negociaciones latinoamericanas. Vemos, pues, cómo en las traducciones literarias publicadas en esta

época confluyen grupos intelectuales con intereses distintos; por un lado, el hispanismo y por el otro, el latinoamericanismo incipiente de Ford y sus discípulos.

Un tercer ámbito disciplinar es el historiográfico, el cual, al hundir sus raíces en el siglo XIX, precede a los dos anteriores. En “Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists”, Marshall Eakin (1998) proporciona una perspectiva teleológica del campo historiográfico de ese país, desde los pioneros letrados Washington Irving (1783-1859) y William Prescott (1726-1795), hasta la fragmentación y especialización del campo posterior a 1970. De acuerdo con Eakin, “el surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial, especialmente en el Caribe después de 1898, fue paralela y, a veces, se entremezcló con la profesionalización del estudio de la historia latinoamericana” (1998: 541). De ser un objeto marginal entre los historiadores congregados desde 1884 en la *American Historical Association* (AHA), el estudio de la historia latinoamericana fue paulatinamente desplazándose hacia una posición central, lo cual se confirmó tanto con la publicación de Howard Cline (1915-1971), en 1966 (1966b), de un directorio de 680 especialistas en historia latinoamericana, como con la elección de Lewis Hanke (1905-1993), estu-
dioso de la historia colonial mexicana, a la presidencia de la AHA en 1974 (Delpar 2008).

Tras la Revolución Cubana, como mencioné anteriormente, los estudios de área (*Latin American Studies*) y el campo historiográfico confluyen, no sin tensiones, por supuesto. Fue entonces cuando “el gobierno y organizaciones privadas vieron la necesidad de reorganizar el desorden del hemisferio para redescubrir que la región era un laboratorio de cambios sociales acelerados, cuya pérdida para el Mundo Libre [*Free World*] ponía en peligro la seguridad nacional (Cline 1966a: 64). El interés por mantener a la región fuera del alcance de la influencia comunista, además de las consabidas intervenciones y sus funestas consecuencias, se tradujo en recursos destinados a apuntalar un latinoamericanismo que dio continuidad y acrecentó intereses académicos que, en muchos casos, precedían al conflicto. De este modo, el Departamento de Estado, por un lado, y organizaciones filantrópicas como la Fundación Rockefeller, la Fundación Ford y la Carnegie Corporation, por otro lado, financiaron programas universitarios dedicados a fortalecer la diplomacia cultural con la región, promoviendo intercambios académicos, publicaciones, congresos, becas y otras actividades culturales de proyección regional.⁹ Estas iniciativas buscaron cumplir con el doble objetivo de estrechar la cooperación intelectual y de promover un mejor conocimiento de Latinoamérica. Para esto último, también se recurrió a las traducciones. Como Cohn (2006) lo ha señalado, la Fundación Rockefeller patrocinó dos programas de traducción. Por un lado, se trató

del subsidio para traducciones publicadas por la *Association of American University Presses* y, por el otro, para aquellas publicadas en el *Translation Program of the Center for Inter-American Relations*. En el marco de estos programas Juan José Arreola, Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Elena Garro, José Vasconcelos, José Martí y José Carlos Mariátegui circularon traducidos al inglés por las más variadas plumas estadounidenses.

En lo que concierne al latinoamericanismo que animó los trabajos del Comité de Historia de las Ideas en América del IPGH bajo la dirección de Zea, es importante tomar en cuenta que también se consolida a partir de cruces disciplinarios y procesos de configuración del espacio académico mexicano, en particular. Así, la propuesta de Zea al IPGH se produjo desde una corriente historicista que, como lo señala Valero (2014), caracterizó los primeros trabajos de historia intelectual en México, impulsados por José Gaos en el “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española”, entre 1943 y 1964. Como mostré en otro lugar, la corriente historicista entroncó con la fenomenología y el existencialismo, cuyas traducciones en México contribuyeron a consolidar el campo filosófico de la época (Castro 2018). Para Gaos, este historicismo, característico de “nuestra época”, hacía posible un “saber histórico” que nos revelaba las cosas humanas como resultado de “su tiempo”.

En este sentido, sostenía que “el hombre *tiene* historia por su propia y misma naturaleza, porque [...] *es* historia; la historia no será sino la realidad de la historicidad humana: la concepción de la historicidad esencial de todo lo humano” (1990 [1945]: 32-33). Entre los asistentes al seminario, Leopoldo Zea y Edmundo O’Gorman (1906-1995), de quien me ocuparé más adelante, llevaron por los caminos de la filosofía y la historia, respectivamente, concepciones del quehacer filosófico e historiográfico que atenuaban las fronteras entre ambos campos disciplinarios. Así, la historia de las ideas en América, tal como se planteó en el proyecto que Zea propuso al IPGH, se orientó hacia una historia que relativizaba la universalidad de la filosofía occidental para pensar la posibilidad de una filosofía americana, definida por las formas que había ido adoptando a lo largo de su historia. Esta revisión de las historias de la filosofía de la región debía dar lugar a una asimilación dialéctica del pasado, a través de la cual “Hispanoamérica” tomara conciencia de su dependencia cultural y la superara. La introducción a sus *Dos etapas* es elocuente al respecto:

Solo en pueblos como los hispanoamericanos, donde el pasado es todavía un presente, pueden seguir en contraversión formas políticas como las coloniales que parecían ya abandonadas. Sólo pueblos que no han asimilado su historia pueden continuar sintiéndose amenazados por su pasado. De aquí la urgente necesidad de realizar esta

asimilación. Es menester que nosotros los hispanoamericanos hagamos del pasado algo que, por el hecho de haber sido, no tenga ya necesidad de volver a ser. Es menester que hagamos nuestra historia, esto es, que seamos conscientes de ella. Una historia que nos hable de los caminos que nuestro pasado ha tomado para no tener necesidad ya de volver a tomarlos, conocidas sus experiencias. Es menester que podamos vivir el pasado como algo que fue y no como algo que aún no es. Es menester que vivamos el pasado en el recuerdo, en la experiencia realizada, en lo que, en suma, somos por haber vivido y no en lo que seremos por seguir viviendo (2012 [1949]:29).

La suma de las historias nacionales no partía, pues, de entidades discretas y finitas, sino de procesos de autodefinición filosófica. Así, años más tarde, Roig (1977), heredero de esta corriente filosófica, se referirá a este momento del latinoamericanismo filosófico de Zea como una “filosofía de la americanidad” cuyos cimientos son una “filosofía de la historia de América”. El paso de lo nacional a lo regional solo es posible si se toma en cuenta la agenda identitaria que lo anima, esto es, la historiografía de las ideas era, en este contexto, un “saber de compromiso”, abocado a “reelaborar un saber historiográfico-filosófico, no solo de los desarrollos del pensamiento latinoamericano, sino también y necesariamente del pensamiento europeo que ha ido y va siempre involucrado en aquel *pensamiento nuestro*” (1977: 49-50, el subrayado es mío).

Establecido este comité dedicado a historiar las ideas de la región con una concepción de la historia tan preeminente, llamaba la atención que sus tareas se hubiesen planteado, en cierta manera, como independientes de aquellas de la Comisión de Historia presidida por Zavala. De acuerdo con Myers (2016), lo anterior se explicaba, en parte, por una división del trabajo intelectual heredada de la Antigüedad grecolatina, según la cual todo aquello que no concernía a la política y a la guerra, había quedado bajo la jurisdicción de clérigos y teólogos. De ahí que la historia de las ideas surgiera en estrecha relación con la historia de la filosofía, antes que como un subcampo de la historia. Este estado de cosas, vigente hasta bien entrado el siglo XIX es la base de la escisión del campo historiográfico entre la historia cultural e intelectual y aquella vertiente positiva u objetivista, característica de la escuela representada por Leopold von Ranke en Alemania.

En el contexto del programa historicista puesto en marcha por Gaos a principios de los años cuarenta en México, y por Zea, a fines de la misma década a escala regional, ambos autores contribuyeron a escenificar la división de trabajo intelectual señalada por Myers. Por priorizar el trabajo de archivo, la interpretación de las fuentes y la búsqueda de una “verdad histórica”, Silvio Zavala y sus oficios por la profesionalización de la historia en México quedaron asociados

con una perspectiva positivista opuesta a la historia de las ideas, tal como se la proponía desde las filas de la filosofía historicista (Mora Muro 2018).¹⁰ Las polémicas de 1944 y 1945 con Edmundo O’Gorman, precisamente a propósito de la “verdad histórica”, no hicieron sino enfatizar el diferendo que opuso a veces de manera caricaturesca dos maneras de abordar el estudio del pasado. Que la propuesta de Zea se hubiese orientado hacia una contribución en el ámbito de la filosofía, antes que el de la historia, poniendo con ello límites disciplinares de por medio, tal vez evitó que la Comisión de Historia y el Comité de Historia de las Ideas, en lugar de resultar contrarios, armonizaran perspectivas historiográficas que, a fin de cuentas, reforzaron el ímpetu de los discursos latinoamericanistas de esos días. No se verificó tan feliz arreglo dentro de los linderos del campo historiográfico mexicano, entonces en plena profesionalización. La distinción de los espacios institucionales fue entonces de los males el menor y, desde El Colegio de México y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Zavala y O’Gorman, respectivamente, prosiguieron por caminos paralelos sus propias formas de historiar.

Sin embargo, el reducto del supuesto lado positivista no se limitó al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Desde la Comisión de Historia del IPGH y su

Revista de Historia de América, Zavala ocupó una posición central que fue clave para el encuentro de los designios regionalistas de Norte y Sur. De acuerdo con Pita González y Grillo:

[L]a revista requirió de un grupo mayor de colaboradores asiduos que participaron en cada número, compuesto de historiadores, bibliógrafos y archiveros de nacionalidades diversas (españoles exiliados, estadounidenses y numerosos latinoamericanos), que buscaban promover determinadas ideas e información sobre lo que consideraban los estudios americanistas. Con ello cumplían también una doble función. Por una parte, se reforzaban como grupo frente a otros historiadores que tenían una interpretación contraria sobre actores y procesos de la historia de América (los historicistas). Por la otra favorecían la legitimidad del IPGH y su ideario panamericano al promover un diálogo continental en el que Estados Unidos estaba incluido y jugaba un papel importante (2021: 17).

Fundada desde 1938, la revista precedió por poco más de un lustro la polémica fallida con O’Gorman y permitió a Zavala extender al ámbito historiográfico estadounidense las redes establecidas con historiadores españoles durante su estancia en Madrid, una vez que la caída de la República los obligó a exiliarse en ese país. Fue, de hecho, también en Madrid donde conoció a Lewis Hanke, historiador estadounidense clave para el desarrollo de la historiografía

latinoamericanista (Hanke 1989). De manera más que simbólica, tres artículos publicados en el primer número de la *Revista* representaron los alcances transatlánticos del americanismo que la animó: uno de Zavala (“Las encomiendas de Nueva España y el gobierno de don Antonio de Mendoza”), otro de Altamira, director de su tesis doctoral, (“La legislación indiana como elemento de la historia de las ideas coloniales españolas”) y uno de Hanke (“The ‘Requerimiento’ and Its Interpreters”). Estos artículos en efecto dieron sustento a los “Propósitos” que explicitaron la razón de ser de la publicación en los términos siguientes:

La transformación del instinto de simpatía de los investigadores de América en una conciencia científica, acentuada en los últimos años, se refleja en el método de los trabajos de historia y en la creación de los primeros órganos de intercambio. [...] Nuestra publicación desea contribuir al acercamiento de los investigadores: ofrecerá periódicamente estudios, documentos, informaciones científicas, reseñas de libros y revistas y bibliografía sobre la historia del Continente. Los trabajos podrán hallarse escritos en español, portugués, inglés o francés; idiomas oficiales del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que patrocina moral y económicamente la obra. La finalidad puramente científica garantiza la honradez de los propósitos (Los Editores 1938: vi).

El entusiasmo que trasluce en estos propósitos parece motivado, pues, por dos sucesos de envergadura en este contexto. Por un lado, el surgimiento de una conciencia científica tan extendida como para hacer posible el intercambio entre pares, esto es, la profesionalización del campo. Por el otro, la inauguración de un espacio de integración hemisférica sustentada por contribuciones a la disciplina que, al hallarse en las cuatro lenguas principales de la región, son promisorias de un espacio de concordia y cooperación.

En adelante, en este espacio internacional de cooperación científica, se recurrirá a la representación heteroglósica del hemisferio, con las implicaciones traductivas correspondientes, no solo como garantía de inteligibilidad sino también, faltaba más, como estrategia de diplomacia cultural.¹¹ Lo anterior se confirmó una vez más en 1949, con ocasión del Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, organizado por Silvio Zavala y Lewis Hanke con financiamiento del INAH, la Academia de las Ciencias Históricas de Monterrey y la *American Historical Association*. En su reseña sobre la reunión, Zavala definió la concepción “amplia” de historia que daba pie al congreso, describió la afiliación de los participantes congregados y explicó la “conveniencia” del convite en vista del “encuentro”, “en el sentido de oposición y colaboración”, tan frecuente de ambas naciones en otros terrenos, en los que hasta entonces

no se había incluido el historiográfico. El “encuentro”, término empleado en toda la gama de sus sentidos, parecía, por ende, dar forma a las intervenciones alternadas de estudiosos mexicanos y estadounidenses, en sus propias lenguas de trabajo; intervenciones seguidas de una “discusión general que fue recogida por los relatores bilingües a fin de incluir los resultados en la Memoria del Congreso” (Zavala 1949:437). En 1950, las memorias se publicaron, efectivamente, en la Editorial Cultura, con el título bilingüe: *Memoria del Primer Congreso de Historiadores de México y de los Estados Unidos celebrado en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México del 4 al 9 de septiembre de 1949. Proceedings of the First Congress of Historians from Mexico and the United States, assembled in Monterrey, Nuevo Leon, September 4-9, 1949*. La publicación compiló las ponencias del congreso en la lengua en la que habían sido presentadas, precedidas de un resumen en la otra lengua del congreso; formato que evidenció de nuevo la doble función de las traducciones en este contexto. Lo prometedor del encuentro y de sus actas se señaló en las debidas reseñas a ambos lados del Bravo, e incluso en la revista francesa *Annales*, desde donde Pierre Chaunu (1952) se ocupó de la publicación con el elocuente título *Collaboration mexico-américaine et rapports de bon voisinage*. En sus propios recuerdos de ese Primer Congreso, Hanke dio cuenta del siguiente episodio de un clima entrañable y de buena voluntad gremial:

Merle Curti estaba presente como su representante oficial [de la *American Historical Association*] y donó un cuadro del pintor Francis Parkman (no de William Hickling Prescott como habíamos esperado) para la colección de eminentes historiadores de América del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. La ceremonia de entrega de la pintura se llevó a cabo en el transcurso de un almuerzo organizado por una de las poderosas fábricas de cerveza de Monterrey y fue obvio que Curti se había dedicado un tiempo, en Madison, Wisconsin, a estudiar español. Hizo un loable esfuerzo por hablarlo y cada uno de los presentes trató de ayudarlo cuando tropezaba en las frases. Fue una ocasión simpática, acentuada por la cerveza que corría a chorros (Hanke 1989: 606).

La anécdota arroja dos factores clave del latinoamericanismo estadounidense: la figura pionera de Prescott y el conocimiento del español entre los latinoamericanistas de ese país. Por un lado, la expectativa frustrada por el retrato obsequiado ilumina los orígenes decimonónicos del latinoamericanismo estadounidense y su conexión con la mirada historiográfica que, en el siglo XX, se vuelca hacia la región. Por el otro, la cuestión lingüística surca un ámbito académico en el cual el estudio de la región va necesariamente mediado por traducciones espontáneas, fragmentarias o subrepticias, pero también íntegras y explícitas, a las cuales se confía la tarea de construir un espacio de inteligibilidad y de mutua comprensión.

Casi una década después de este primer encuentro, un Segundo Congreso Internacional de Historiadores de Estados Unidos y México, llevado a cabo en la Universidad de Texas, del 3 al 6 de noviembre de 1958, reiteró la flagranza de estas traducciones. Sin embargo, a diferencia del primer volumen bilingüe de actas, cuya simetría lingüística parecía traducir la colaboración Norte-Sur en igualdad de términos, en este caso las traducciones dejaron de ocupar el diplomático proscenio que se les acordó entonces. Publicadas con el título *The New World Looks at its History. Proceedings of the Second International Congress of Historians of the United States and Mexico*, las memorias ahora aparecieron solo en inglés. El monolingüismo de la antología de trabajos no dejó empero de reconocer la intermediación de las traducciones cuya presencia, ahora, se consignaba en el párrafo de agradecimientos con el que los editores del volumen concluían su introducción:

Finally, the editors wish to thank a number of scholars who took on the task of translating into English many of the papers and comments included in this volume, especially Dr. Pablo Max Ynsfrán, Dr. Ramón Martínez-López, Dr. George Schade, and Mr. Charles Eastlack, all of the University of Texas. Their work of translation helped make the Congress a success and it allows the editors to produce a volume which is accessible to English-speaking scholars (Lewis y McGann 1963: ix).

Entre las líneas, pues, el inglés se asume como lengua franca y canal de acceso a un lectorado anglófono e internacional.¹² En contraste con aquel primer encuentro, Lewis y McGann resaltan la creciente internacionalización de un campo que ya no se limita a México y Estados Unidos e incluye estudiosos de Canadá, Brasil y Argentina en abierto diálogo con especialistas del “Viejo Mundo” a quienes se ha convocado para continuar con el intercambio de ideas y actitudes hacia el proceso histórico.

La contribución de Edmundo O’Gorman al volumen de actas abona precisamente a estas actitudes hacia el proceso histórico. Su ponencia debía comentar las intervenciones previas que Luis Villoro (1922-2014) y Arthur Whitaker (1895-1979) presentaron sobre la tarea del historiador desde las perspectivas mexicana y estadounidense, respectivamente. Con el título, “Classical or Ontological History”, el comentarista aprovechó la ocasión para pronunciarse sobre la cuestión, tomar partido por la perspectiva historicista adoptada por Villoro y condensar el argumento que subyacía a su libro, *La invención de América*, publicado ese mismo año en México. La intervención en el congreso, y la posterior publicación en las actas, son asimismo significativas porque constituyen las primeras etapas de un proceso de autotraducción mediante el cual O’Gorman no solo corrige y aumenta la primera edición de su obra, sino que también busca inscribirla

en el tráfico transfronterizo de los discursos latinoamericanistas de la época. No habría que perder de vista, por ende, que en el momento en que participa en este Segundo Congreso Internacional de Historiadores de Estados Unidos y México, también gracias a la iniciativa filantrópica de la Patten Foundation, O’Gorman realizaba una estancia como profesor invitado en la Universidad de Indiana; estancia que en 1961 dio lugar a *The Invention of America. An inquiry into the historical nature of the New World and the meaning of its history*.

Al situarse en la intersección de los discursos latinoamericanistas de esos años, la obra de O’Gorman y su auto-traducción se inscriben en un contexto crucial e iluminan desde dentro la construcción de cierta historiografía escindida entre lenguas y *ethos*. La obra se antoja, pues, un espacio privilegiado para una reflexión que vincula la historia de la traducción y la historia intelectual, no solo por combinar las tareas de historiar y traducir de manera excepcional, sino también porque, al desempeñar O’Gorman los papeles de autor y traductor, el libro representa una oportunidad única para explorar la relación entre ambas funciones discursivas en términos menos metafóricos que aquellos con los que la historia cultural ha tendido a vincularlas. A esta labor de exploración dedico el siguiente apartado.



Dos rutas de encuentro, dos invenciones de América, dos Américas

La visita de O’Gorman a la Universidad de Indiana y su participación en el Segundo Congreso Internacional de Historiadores de Estados Unidos y México, en 1958, dan continuidad a previas incursiones del autor en el escenario latinoamericanista de cooperación internacional de esos días. Así, ya en 1948, en la misma reunión de la Comisión de Historia del IPGH en la que Zea propuso la creación de un Comité de Historia de las Ideas en América, O’Gorman ofreció ocuparse de “la elucidación de la idea de América” (Malagón 1948: 433). Tampoco podemos ignorar la prolongada polémica que sostuvo con Lewis Hanke en las revistas *Hispanic America Historical Review* y *Cuadernos Americanos* a propósito de la interpretación de Hanke de la obra lascasiana; polémica iniciada precisamente en 1949 y cuyo último episodio tuvo lugar en 1967, con la publicación de su edición de la *Apologética historia* de Las Casas (Ramos 2018 [1968]). Años más tarde en una entrevista con Rodríguez de Lecea, O’Gorman explicó esta polémica enmarcándola en la siguiente caracterización de la historiografía norteamericana:

Tiene variables, hay historiadores muy interesantes, muy buenos; también hay absolutismo y relativismo. En términos generales, es muy puntillosa, de muchas notas, muy objetiva, muy descriptiva, y no se hace preguntas generales. Yo tuve polémicas con historiadores norteamericanos como Lewis Hanke, por ejemplo, y la polémica era una extensión de la que enfrentaba aquí, porque los norteamericanos, en términos generales, salvo los más talentosos, son todavía muy objetivistas, muy positivistas (Rodríguez de Lecea 1996:962).

La caracterización se confirma en parte en el recuento de Eakin (1998) sobre el desarrollo del campo historiográfico estadounidense. El autor considera el momento en que el libro de O’Gorman se publica en Estados Unidos como el decenio (1960-1970) del apogeo de la historia en ese país. Como mencioné anteriormente, se trata de un contexto en el que confluyen las trayectorias de los estudios de área y la historia para dar lugar a un discurso latinoamericanista interdisciplinario. En particular, en el campo historiográfico se recurre tanto a la etnografía como a la antropología para estudiar la región desde las perspectivas de la historia social, la teoría de la dependencia, el desarrollismo o el marxismo; todos los cuales son un tanto lejanos de la historia ontológica que O’Gorman propuso en *La invención*.

Todo y así, hay rastros documentales de que en el ámbito historiográfico estadounidense no se ignoraban del todo los

escritos de O’Gorman. Así lo demuestran las reseñas de *La idea del descubrimiento: historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos* (1951) y de *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente* (1958), publicadas en la *Hispanic American Historical Review*, mucho antes de la visita del autor a Indiana. La primera, a cargo de Charles Nowell (1904-1984), reconocía la “cuidadosa” y “brillante disección” de las obras historiográficas analizadas por O’Gorman, pero también concluía que el autor parecía preocuparse en exceso por meras “implicaciones filológicas de la palabra ‘descubrimiento’” (Nowell 1954:196). En la segunda reseña, Richard Morse (1922-2001) subrayó el sustrato hegeliano de la obra y valoró el enfoque como fructífero para el estudio de “las Américas” como un todo (Morse 1959:274).

Con la publicación de *The invention of America* después de sus conferencias en Indiana, la obra acrecentó su visibilidad en el ámbito académico estadounidense y, de nueva cuenta, fue generosamente reseñada.¹³ Así, Wendell Calkins (1918-1994), en *Indiana Magazine of History*, presentó el libro como el fruto de veinte años de trabajo de su autor y describió el proceso mediante el cual O’Gorman logró identificar el momento de la “invención” de América como “brief in its clarity and comprehensiveness.” En cuanto a los potenciales lectores, afirmó:

[M]any historians, impatient with philosophical analysis, will be inclined to dismiss this essay as an unimportant quibbling over semantics. But those historians who appreciate the importance of sound philosophical underpinnings to the building of historical edifices will find this book exciting and rewarding (Calkins 1961: 254).

Al igual que Calkins, en su reseña para *The William and Mary Quarterly*, órgano de difusión del *Omohundro Institute of Early American History and Culture*, Louis Bumgartner (1924-1965) elogió la obra, considerándola como uno de los géneros más riesgosos para los historiadores, a saber, “el ensayo interpretativo”. De acuerdo con el reseñista, una de las dificultades que el libro presentaba era el significado “peculiar” que O’Gorman atribuyó a “*discover*”, apuntando en consecuencia hacia un posible problema de traducción que ponía en riesgo la coherencia de la argumentación de su autor. Por el énfasis de O’Gorman en el significado de ciertos términos, Bumgartner concluyó que el ensayo demostraba “the difficulty of communicating with language” y afirmó que, aunque su tesis era “clara”, “encantadora” [*delightful*] y “original”, “faltó precisión en su ejecución” (Bumgartner 1962: 466). En su reseña para *The Pennsylvania Magazine of History and Biography*, Boies Penrose (1902-1976) vio en la obra un libro de lectura difícil por lo “apretado del razonamiento” (1962: 92). Finalmente,

más de un lustro después de haber reseñado una de las etapas previas del trabajo, Charles Nowell volvió a O’Gorman, esta vez, en su versión más acabada y en inglés, para reseñarlo de nuevo y plantear la siguiente pregunta:

What use can the everyday historian make of O’Gorman’s thesis? Perhaps the thesis, like the invention of America in its time, will ultimately become part and parcel of the historian’s equipment. For the present, however, it is safe to say that it will not in most cases, and that those who merely deal with the Discovery of America in passing will keep safely to the legends over which the work of Washington Irving marked a considerable advance (1962:236).

Estas reseñaciones dan cuenta de las primeras lecturas que O’Gorman suscitó entre sus interlocutores estadounidenses; interlocutores a quienes no desatendió al traducir su libro, como fue claro desde las dedicatorias que abren la versión de 1961 en inglés y la que, a partir de esta, se publica en español en 1977. Veamos:

To the younger generation of students of the Americas,
in the hope that this book will incite them to new
adventures (1961)

A la Universidad Nacional Autónoma de México,
Con gratitud y amor (1977)

Como se ve, ambas dedicatorias difieren considerablemente tanto por la función que desempeñan como por los coenunciadores que construyen.¹⁴ En inglés, la dedicatoria es un mensaje cargado de futuro dirigida a cualquier lector del continente americano [*students of the history of the Americas*], con tal de que éste lea en inglés. En español, el mensaje es retrospectivo, esto es, mira hacia un pasado entrañable que es motivo de agradecimiento. El coenunciador no es un lector o un estudioso sino la institución desde la cual se produce la obra que, tras un rodeo por el inglés, por fin vuelve a casa. La estructura jánica de estas dedicatorias (una mira al pasado, la otra, al futuro) anticipa de manera sugerente la serie de transformaciones que, al autotraducirse, O'Gorman irá integrando en estos textos; transformaciones directamente relacionadas con la imagen que construye de sus lectores. Podemos observar la primera de estas transformaciones en el título:

La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente (1958)

The Invention of America. An inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History (1961)

La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir (1977)

En el contraste que aquí se aprecia, quisiera subrayar, en primer lugar, el énfasis que, en 1958, “la cultura de Occidente” daba a la cosmovisión europea como “universal” y su desplazamiento hacia “the historical nature of the New World”, en 1961. Con esta modificación, el lectorado anglofono centra su atención en su propia realidad histórica, pues, al fin y al cabo, se sitúa precisamente en el Nuevo Mundo. En segundo lugar, es importante no perder de vista que el primer título se presentaba como un aserto concluyente, casi una petición de principio, mientras que en el paso siguiente “*inquiry*” introduce sugerentemente una de las acepciones antiguas de la palabra “historia”, esto es, “preguntar” o “inquirir”, que en la traducción académica que O’Gorman actualiza, se convierte en “investigación”. En tercer lugar, y no de menor envergadura, añadir “the meaning of its history” y traducirlo como “el sentido de su devenir” revela dos aspectos de la concepción de historia desarrollada en la obra. Por un lado, en inglés, “the meaning of its history” remite al *significado* de un pasado *interpretado* por el historiador a partir de un corpus de documentos. En otros términos, desde esta perspectiva “the meaning of [its] history” es la nueva traducción del pasado al presente. Por otro lado, en español, “el sentido de su devenir” evoca un movimiento constante; la continua transformación que, a lo largo del tiempo, fluye en una dirección determinada. Aquí “sentido”, término polisémico como pocos, sugiere a la vez “dirección” (como en

el “sentido” de una calle o en el “sentido” de las manecillas del reloj), pero también remite a un significado pragmático, es decir, un significado que se determina a partir de un contexto determinado (como en “¿en qué sentido lo dices?” o en “¡Esto no tiene sentido!”). Así, pues, “the meaning of its history” y “el sentido de su devenir” materializan el doble papel de O’Gorman como historiador y traductor. El primero, aludiendo a su función como un re-traductor que propone una nueva interpretación de un acontecimiento histórico, el segundo, dando cuenta de las mudanzas continuas a las que se sujeta la historia.

De ahí que ambas obras parezcan vincularse más allá de sus dependencias interlingüísticas. Al respecto, la advertencia a la segunda edición en español de *La invención de América* es explícita. Allí, O’Gorman la relaciona solo de manera indirecta con su predecesora de 1958 y desvía su línea genealógica a la autotraducción al inglés de 1961. La justificación para esta filiación, como ahí se nos explica, es que la traducción al inglés le habría permitido “afinar algunos puntos, corregir ciertos errores y subsanar omisiones” (1977: 10). En consecuencia, a esta corresponde la legitimidad que se atribuye a los originales de servir como punto de partida y referencia para las traducciones sucesivas. De tal modo, una vez que la edición de 1958 quedó subsumida en

la traducción al inglés, no cabe sino reconocer que estamos ante uno de los rasgos distintivos de las autotraducciones, a saber, el colapso de la tradicional distinción entre texto fuente y texto meta que resulta de procesos de escritura escindidos entre lenguas, tiempos y espacios (Grutman 2020). En otros términos, la autotraducción se escribe en un vaivén entre su “texto fuente” y aquel en proceso de construcción; no espera a que el “original” sea un pasado, del que la traducción sería el presente, pues siempre puede volver a aquél para corregirlo, aumentarlo o incluso, como en este caso, subsumirlo a la usanza de la dialéctica hegeliana, tan en boga entre los historicistas mexicanos del periodo. La autotraducción de O’Gorman tampoco sería excepcional como tal en cuanto a las libertades que se tienden a atribuir a los autotraductores. Al no estar constreñidos por la autoridad exterior de un autor, los autotraductores parecerían gozar de un margen de maniobra mayor y sentirse con el pleno derecho de modificar el texto que traducen a su antojo. Aunque la afirmación anterior atina a describir cierta concepción de la tarea de traducir, también suele suceder que las autotraducciones se ajustan a otros constreñimientos, como aquel de resistir el impulso de “mejorar” el original y el de construir una coherencia que permita a los lectores de lenguas diferentes identificar argumentos, términos o ideas de la misma obra, incluso en lenguas distintas.

Por su considerable experiencia como traductor, pero también como editor de textos historiográficos,¹⁵ O’Gorman es consciente de que el asidero textual y lingüístico de una obra siempre es provisional y, lejos de lamentar su naturaleza transitoria, en el prólogo se contenta con arrojar luz sobre las mudanzas acontecidas para no perder el Norte:

[Q]ue el lector quede advertido de que el libro que tienen entre las manos no es, ni con mucho, una mera reedición del anterior que lleva el mismo título. En efecto, no sólo se han incorporado un resumen de la historia y crítica de la idea del descubrimiento de América (Primera Parte) y una presentación del horizonte cultural que sirvió de fondo al proceso de la invención de América (Segunda Parte), sino que se ha añadido una especulación final (Cuarta Parte) acerca de la estructura del ser americano y de su desarrollo histórico con lo que se pretende ofrecer una explicación a fondo de la razón de ser de las dos Américas y de su respectivo significado dentro del amplio marco de la historia universal. Se trata en lo esencial, del mismo libro; pero por tan considerablemente ampliado puede y debe tenerse por otro. Por eso y a fin de evitar el peligro de una confusión le hemos puesto a este un subtítulo distinto (1977: 11).

En este prólogo, además de señalar los vínculos editoriales con la edición en inglés, O’Gorman establece la escena de enunciación desde la cual desarrolla su obra. Se trata, entonces, de presentar el “yo-aquí-ahora” del discurso; coordinadas clave para la definición de un *ethos*. Volveré más adelante

sobre este concepto. Por ahora, basta centrar la atención en el enunciador del prólogo, construido en primera persona y, su coenunciador, “el lector”, quien “debe estar preparado para advertir sin sorpresa que los problemas que aquí se estudian desbordan por todos lados los límites concretos del tema americano” (1977:12). En cuanto al “aquí-ahora”, un relato cronológico fija el origen de la reflexión en 1940 en la edición que el que escribe tuvo a bien publicar de la *Historia Natural y Moral de las Indias*, de José Acosta. A partir de entonces, tres trabajos más se habrían sumado a “la necesidad de considerar la historia dentro de una perspectiva ontológica, es decir, como un proceso productor de entidades históricas y, no ya, según es habitual, como un proceso que da por supuesto, como algo previo, el ser de dichas entidades” (1977:9). En otros términos, el enunciador que toma la palabra en este prólogo también se habría ido construyendo a través de los discursos que anteceden a este, en el que ahora se presenta como capaz de “comprender que el concepto fundamental de esta manera de entender la historia era el de ‘invención’” (1977:9). Este aquí-ahora es la última etapa del proceso emprendido en 1940 y sus sucesivas transformaciones hasta el momento en que “la Universidad de Indiana me confirió el honor de designarme profesor visitante bajo los auspicios de la Patten Foundation” (1977:10). Recapitemos: el enunciador en primera persona en *La invención de América* es producto de un proceso de maduración textual con rastos bibliográficos definidos en escenas de enunciación que

preceden a esta y que dejan a la vista de cualquier “lector” el andamiaje de lo que ahora se presenta, siempre y cuando pueda leer en español, claro está. En este sentido, las habilidades lingüísticas de este coenunciador, “lector”, se construyen a imagen y semejanza de aquellas de su enunciador. El hecho, pues, que este se encarne en una primera persona cobra total sentido, pues ese “lector” moldeado en tercera persona, la “no persona” del discurso, es en realidad un “tú”.¹⁶

Enunciador y coenunciador se sitúan, entonces, al final de este camino que también es el comienzo de un libro anunciado como nuevo; en ese punto no menos ontológico que el adoptado por la voz del relato para escudriñar el pasado que aquí también está produciendo, o inventando, este avatar del historiador.

El cuerpo discursivo de este historiador se presenta en correspondencia con estas coordenadas enunciativas. Los analistas del discurso han recurrido a la noción de *ethos* para referirse a esa “puesta en escena del orador”, mediante la cual un enunciador busca persuadir de su autoridad y su decir. Se trata, en suma, de la “imagen de sí” que un orador presenta a su interlocutor (Amossy 2016: 94). En el “prólogo” que nos ocupa, este *ethos* recurre al símil del científico que se deslinda de la especulación metafísica o de la “teología idealista” para hacer las siguientes recomendaciones:

Dije entonces que este trabajo puede entenderse, en un sentido muy literal, como una comunicación de índole científica en cuanto que en ningún momento se pretende en ella involucrar problemas de las primeras causas y de las últimas metas del fenómeno que se estudia. [...] Se trata, por consiguiente, de unas descripciones y, hasta eso, har- to esquemáticas, como podrían ser las de un biólogo que, asomado al telescopio, se conforma con comunicar sus ob- servaciones acerca de la manera en que se reproduce, pon- gamos por caso, la célula de un tejido vivo. Si se me permite la imagen, quisiera que se viera en este libro algo así como una investigación de la fisiología de la historia; pero de la historia entendida, no ya como un acontecer que le ‘pasa’ al hombre y que, así como le sucedió pudo haberle no ocu- rrido, mera contingencia y accidente que en nada lo afecta, sino como algo que lo va constituyendo en su ser espiritual; la historia, por lo tanto, como una modalidad de lo que lla- mamos la vida (1977: 11-12).

El aséptico historiador y la analogía con la observación fisiológica parecen sugerir que aquella historiografía positi- vista frente a la cual se sitúa no tendría la exclusividad sobre la objetividad y que, más que un simple cambio de perspec- tiva, la supuesta observación “científica” del tejido histórico “revela –dentro de los límites del campo de observación ele- gido– cómo del seno de una determinada imagen del mun- do, estrecha, particularista y arcaica, surge un ser histórico imprevisto e imprevisible” (1977: 12). Es así como desde el

umbral de este libro, último eslabón de una cadena de más de tres decenios, O’Gorman levanta el telón de su traducción al español de aquella publicada en inglés en 1961, encarnando un ethos que reclama para el historiador intelectual las mismas credenciales científicas concedidas a los historiadores positivistas.

Aunque la lectura en español de la obra ofrece pocos rastros de su ancestro anglófono, es inseparable de aquel hasta un grado tal que entre ambas puede sostenerse una suerte de tensa complementariedad. Lo anterior se confirma por medio de una lectura en paralelo de la que emergen contrastes muy significativos, como veremos. En un primer momento, este contraste revela diferencias sintácticas, en la construcción de los párrafos e incluso fragmentos añadidos u omitidos según el punto en que se fije la observación. A este primer contraste lo llamo, a falta de un mejor término, doble armazón textual por construirse a caballo sobre las dos versiones. En un segundo contraste emergen diferencias de énfasis orientadas a abordar aspectos de una *doxa* historiográfica que permite a los coenunciadores identificarse con el relato propuesto. A este segundo contraste corresponde, pues, un reencuentro con la *doxa*. Examinemos a continuación cada uno de ellos.

El doble armazón textual

Como mencioné anteriormente, al momento de emprender su versión de 1961, O’Gorman no era en absoluto neófito en cuanto a traducción se refiere. Conocemos además, por testimonio propio, su afición a la lectura “sobre todo en inglés, porque soy medio irlandés y medio inglés” (Rodríguez de Lecea 1996: 955). De manera que al acometer *The Invention of America* lo hizo con pleno dominio del registro académico, las estrategias retóricas y las posibilidades expresivas de ambas lenguas. De no otra cosa da cuenta la soltura con la que comienza la primera parte de la obra, dedicada a la “Historia y crítica del descubrimiento de América”. Veamos:

The most important problem concerning the history of America is the need of giving a satisfactory explanation of the way in which America appeared as such on the historical scene. Our conception of America’s nature and of the meaning of its history depends on how this problem is stated and solved.

This highly significant question has been given full attention by historians in the past, and the unanimous answer today is that America appeared as the result of its having been ‘discovered’* on October 12, 1492, when Christopher Columbus arrived at a small island which he believed to be one of a group in the neighborhood of Japan (1961:9-10).

No será difícil convenir en que el problema fundamental de la historia americana estriba en explicar satisfactoriamente la aparición de América en el seno de la Cultura Occidental, porque esa cuestión involucra, ni más ni menos la manera en que se conciba el ser de América y el sentido que ha de concederse a su historia. Ahora bien, todos sabemos que la respuesta tradicional consiste en afirmar que América se hizo patente a resultas de su descubrimiento, idea que ha sido aceptada como algo de suyo evidente y constituye, hoy por hoy, uno de los dogmas de la historiografía universal. Pero, ¿puede realmente afirmarse que América fue descubierta sin incurrirse en un absurdo? Tal es la duda con que queremos iniciar estas reflexiones.

Empecemos por justificar nuestro escepticismo, mostrando por qué motivo es lícito suscitar una duda al parecer tan extravagante. La tesis es ésta: que al llegar Colón al 12 de octubre de 1492 a una pequeña isla que él creyó pertenecía a un archipiélago adyacente al Japón fue como descubrió a América (1977: 15).

El contraste de la sintaxis de ambos fragmentos permite constatar que las dos primeras oraciones en inglés, en español se funden en un párrafo. La segunda oración en inglés encadena una oración principal, una coordinada y una subordinada, mientras que, en español, el resto del párrafo se descompone en tres oraciones yuxtapuestas que solo retoman parte de la información en inglés. El asunto no es de ningún modo causa de alarma, pues, como se ve, el resto de

la información se integra al párrafo siguiente, por lo cual no parece haber pérdidas considerables. Sin embargo, lo que interesa aquí no es si O’Gorman es fiel a su propio texto –lo cual es irrelevante– o si se dice lo mismo en inglés y en español, sino cómo sucede esto último y por qué.

Si estos cambios sintácticos apuntan, sin duda, a la gran libertad con la que se reescribe la obra, también deben interpretarse desde el punto de vista del significado pragmático que revisten. Desde esta perspectiva, los cambios de orden en una oración producen un efecto de tematización, es decir, enfatizan ciertos aspectos de la información sobre otros. Esto es en parte lo que sucede en este fragmento. En particular, en la oración “*This highly significant question has been given full attention by historians in the past*”, y su correspondiente en español “Ahora bien, todos sabemos que la respuesta tradicional consiste en afirmar que América se hizo patente a resultas de su descubrimiento” se invierte el orden en que se presenta la información. Esto es, en español no se menciona la participación de la historiografía sino al final y, además, no se hace referencia a una comunidad de historiadores ocupados con un problema sino a un dogma historiográfico, “de suyo evidente”. El contraste es significativo porque en inglés resulta en una lectura que antepone la investigación historiográfica a la aceptación unánime de la tesis del descubrimiento, mientras que en español se parte de algo que “todos

sabemos” y que como tal es posteriormente consignado por la historiografía. Aún más, al añadir frases como “no será difícil convenir”, “ni más ni menos”, “todos sabemos”, “hoy por hoy”, “empecemos por”, las cuales son expresiones fosilizadas en el uso corriente del español oral, el texto adopta un tono casi casual y define un coenunciador más cercano, a quien incluso incorpora en su decir por medio del empleo, también más frecuente en español que en inglés, de la primera persona de plural: “empecemos por” “todos sabemos”, “queremos”. Asimismo, la pregunta retórica, ausente en el fragmento en inglés, siembra la duda y sirve de guía de lectura de los párrafos sucesivos.

Como si se tratase de compensar lo anterior, en inglés, O’Gorman llama a pie de página por medio del asterisco superpuesto a “discovered”. Es una nota que no aparece en español y que explica lo siguiente:

*The word discoverer [sic] in general usage is synonymous with the word ‘find.’ In this book it is used in a specific sense. Every discovery is a finding, but not every finding is a discovery. ‘Discovery’ implies that the nature of the thing found was previously known to the finder, i.e., that he knows that objects such as the one he has found can and do exist, although the existence of that particular one was wholly unknown. Thus an astronomer who is already aware that some heavenly bodies are classed as planets may be said to have ‘discovered’ a planet when he detects for the

first time one of those bodies. But the astronomer who first has the conception of such bodies as ‘planets’ may properly be said to have ‘invented’ that class of heavenly bodies, since it was he who formulated for the first time the concept itself. We shall see how this applies to America (1961: 9).

Por la explicación de este significado especial, y hasta cierto punto nuevo, como su reseñista lo señaló, para una palabra de la lengua general; por proponer una analogía más con las ciencias, en este caso la de la exploración de la bóveda celeste; por su sintaxis sucinta y una mayor economía léxica, en inglés, el enunciador del texto construye un coenunciador más lejano, esto es menos involucrado en su decir, menos aguijoneado por las dudas sembradas en español y, en suma, menos preocupado por el problema planteado, el cual por cierto, se antoja menos urgente, pues tampoco hay mención siquiera de “nuestro escepticismo”.

Con todo, una lectura paralela de esta primera parte, no permite dudar de que el problema central se plantea en las dos versiones, de que el razonamiento puede seguirse igualmente en ambas y de que, no obstante la abundancia de estos contrastes a lo largo de esta primera parte, los lectores en inglés y en español llegan a su conclusión habiendo recorrido el mismo camino por la revisión historiográfica que O’Gorman emprende a través de las obras de

Oviedo, Gómara, Colón, de las Casas, Herrera, Beaumont, Robertson, Navarrete, Irving, Humboldt y Morrison, en el mismo orden y guiados por la misma preocupación de “reconstruir la historia, no del descubrimiento de América, sino de la idea de que América fue descubierta” (1977:17) (“*let us then trace the history, not of the ‘discovery of America’, but of the idea that America appeared as a result of its discovery by Columbus*” [1961:11]). En otros términos, la reorganización de la información en párrafos distintos, los cambios de orden y de registro, los contrastes en el empleo de recursos retóricos como las analogías científicas funcionan como si se tratara de un complejo sistema de medidas, al ir compensando las diferentes maneras de decir y argumentar entre las lenguas para, hacia el final de la primera parte, fijar el rumbo hacia el examen del horizonte cultural cuyo estudio, en la segunda parte de la obra, deberá persuadirnos del carácter inventado de América. El contraste que puede observarse en esas últimas líneas de esa primera parte es igualmente sugerente:

Our purpose, then, may be considered as a fourth stage of the same process, in which, finally abandoning the idea that America was the object of a ‘discovery’, we shall seek a new concept by which the facts may be explained more adequately. This new concept, if we may anticipate, is that of America not discovered but invented (1961: 47).

Resulta, entonces, si se quiere, que nuestro intento puede considerarse como una etapa subsiguiente del mismo desarrollo, pero una etapa que, comprendiendo la crisis a que conduce el insensato empeño de mantener la idea del descubrimiento de América, lo abandona en busca de un nuevo concepto que aprehenda de un modo más adecuado la realidad de los hechos. Y ese concepto, podemos anticiparlo, es el de una América inventada, no ya el de la vieja noción de una América descubierta (1977:54).

Como podemos observar, de nueva cuenta la traducción al español abreva de formas retóricas muy distintas, a tal grado que parecen relacionarse más por un aire de familia que por un traslado interlingüístico como el establecido entre las traducciones convencionales. El tono de la versión en español, como mencioné anteriormente, es completamente distinto al del inglés. En este caso, lo anterior se explica igualmente por la sintaxis más sucinta en inglés, pero sobre todo por las oposiciones que se construyen entre la insensatez de la creencia errónea y la búsqueda de un nuevo concepto; entre la anticipación de una América inventada y el abandono de la América descubierta. Es tal vez este juego de oposiciones el que llevó a Richard Morse, uno de los primeros reseñistas de la obra de O’Gorman en Estados Unidos, a afirmar:

One may criticize Professor O’Gorman for his oracular tone, for his tendency to verbalize, for the narrow range of evidence with which he supports sweeping ideas, and

for the parochialism that tinges his ecumenical vision. He opens a fruitful approach, however, for studying the Americas as a whole, and he provides moments of intellectual stimulation rarely matched in the often pedestrian historiography of the lands of Amerigo (1959: 274).

Al ofrecer esta apreciación de la obra de O’Gorman, con base en la edición en español publicada en 1958, Morse detectaba ya el tono que subyace igualmente a la edición de 1977 y abona a la imagen de una escritura construida en un vaivén entre lenguas con convenciones retóricas y de argumentación muy distintas. Esta necesidad, tal vez inconsciente, de plegarse a diversas formas de decir es la que impone, sin duda, la construcción de enunciadores y coenunciadores, a veces, radicalmente distintos. Como se verá enseguida, será precisamente esta construcción escindida de coenunciadores la que impondrá algunos de los contrastes más significativos entre ambas versiones.

Reencuentros con la doxa

Al situarse en el contexto de un latinoamericanismo fundado en la idea de las dos Américas desde principios del siglo XX, O’Gorman no podía sino beber de la misma fuente. Empero, en su obra, la dualidad de la América latina y la América sajona se replantea a resultas de la inspiración historicista que lo lleva a postular una historia ontológica. Si la historia nos produce, si somos historia, esto también es aplicable al

ser americano. Desmitificar el “descubrimiento” y revelarlo como una invención “absurda” de la historia, para O’Gorman es una consecuencia lógica de lo anterior. Ahora bien, como explicó en su prólogo a la traducción al español de 1977, esta incorpora una cuarta parte “nueva”, concebida para sus conferencias en Indiana, en la que presenta una especulación final que busca “ofrecer una explicación de fondo de la razón de ser de las dos Américas y de su respectivo significado dentro del amplio marco de la historia universal” (1977: 11). En el contexto de la producción de *La invención de América*, esta cuarta parte cumple dos objetivos adicionales al mencionado por el autor. Por un lado, contribuye a los discursos latinoamericanistas, enfatizando las diferencias entre las dos Américas; diferencias sin las cuales no puede haber, estrictamente hablando, “latinoamericanismo”. Por el otro, en el momento de su visita a Indiana y, poco después, de la publicación en inglés de la obra, con la explicación de los procesos de construcción de estas dos Américas, O’Gorman integra a la América sajona en su relato ecuménico no solo para adaptar su reflexión al público al que ahora se dirige, mostrando con ello un gesto de deferencia hacia el anfitrión, sino también para permitirle reconocerse como parte de un proceso histórico-cultural mayor, esto es, para integrarlo a un latinoamericanismo que ya no lo excluye.

Como pudimos observar anteriormente las versiones en inglés y en español construyen coenunciadores distintos al

adoptar recursos retóricos y argumentativos que se apegan, en general, a procesos de compensación y adaptación subordinados a la reconstrucción de los razonamientos y afirmaciones de su autor-traductor. A lo anterior, ahora quisiera añadir que la construcción de coenunciadores distintos, percibida hasta aquí como respetuosa de las convenciones expresivas de cada lengua, también refuerza la explicación de las dos Américas que O'Gorman propone en la tercera y cuarta parte de su libro. Lo anterior se confirma no solo por la existencia de dos versiones alternas de la obra, una en inglés y otra en español, una para la América latina, otra para la América sajona; sino también porque en estas tercera y cuarta parte, a los contrastes observados en el doble armazón textual de la obra, se suman contrastes que refuerzan la doxa de las diferencias entre las dos Américas y sus habitantes. Veamos, en un primer momento, algunos ejemplos de adaptaciones que buscan interpelar a un coenunciador situado en la América sajona. La primera de ellas ocurre en el momento en que el mito bíblico de la caída, en la cosmovisión judeocristiana, se interpreta como posibilidad de la existencia de otros mundos. De acuerdo con esta interpretación del mito, la expulsión del paraíso habría significado igualmente el surgimiento de la capacidad humana para modificar su ambiente. Así:

[O]nce a man is awakened to shame through sin, then it is up to him to shape his own world as he transforms to meet his own needs the hostile and alien universe in which he finds himself and which, in itself is uninhabitable. From this ancient myth European culture derived the fundamental notion that distinguishes it from all other cultures, namely, that the world is not something given to man, but rather something which is of his own making or to state it more philosophically, that man and his world form a single and unique structure which does not imply, as is commonly thought, a dichotomy (1961: 64-65).

Tal, pues, el profundo significado del viejo mito bíblico: el hombre, mientras persevera en su estado de inocencia original, no es ni responsable de su mundo ni tiene conciencia de sí mismo. Pero al cobrar esa conciencia, patente por primera vez en la vergüenza de su desnudez, se sabe mortal, es decir, se transfigura en un ente histórico y, como tal, recae en él la tremenda tarea de labrar su mundo al ir transformando la Tierra y en el límite, al universo entero, de suyo ajeno al hombre en cuanto creado por Dios y solo para Dios. Fue así como el Cristianismo introdujo en el ámbito de la cultura grecorromana superviviente la noción fundamental del hombre como responsable e inventor de su mundo o, si se prefiere, de su propia vida y destino (1976:71).

En el fragmento en inglés se hace referencia a “un mito antiguo europeo”, el cual en español es nada más y nada menos que el cristianismo y su introducción no ya en Europa, sino en la cultura grecorromana. De manera que la afirmación

resulta mucho más puntual en esta última versión, mientras que en la versión para la América sajona se diluye, por decirlo así, en mitos e influencias identificados en términos más generales. Por otra parte, el “hombre histórico” resultante de la caída, que en inglés se menciona líneas arriba de este párrafo, desempeña papeles un tanto distintos en ambos fragmentos. Como puede observarse, en inglés, se enfatiza el carácter ajeno y hostil del mundo y la necesidad que lo compele a transformarlo. Aunque ambas ideas están en español innegablemente (“tremenda tarea”, universo “ajeno al hombre”) resultan mucho más matizadas por las observaciones que remiten a una creación de “Dios y solo para Dios”. Estos contrastes contribuyen a que en la versión en inglés se enfatice el viejo relato de la redención a través del trabajo y de la glorificación del esfuerzo personal tan característicamente asociadas con la cosmovisión puritana. Del mismo modo, no es de menor interés que, al final del fragmento, se señalen las consecuencias de lo anterior también con términos divergentes. Es decir, mientras en inglés, se adopta un registro filosófico que descompone la “dicotomía” en una “estructura única” según la cual la transformación del mundo equivale a la autotransformación, en español se evoca el viejo cliché del hombre como “constructor de su propio destino”.

Otro indicio de que en ambas versiones sus distintos coenunciadores desempeñan un papel importante puede

observarse en los párrafos siguientes al fragmento analizado anteriormente, en los cuales la versión en español remite a Auguste Comte, quien caracterizó el pensamiento medieval del que emerge Colón a fines del siglo XV como el “espíritu teológico”. Esta referencia a la figura emblemática del positivismo brilla por su ausencia en la versión en inglés, con toda seguridad porque O’Gorman es consciente de que esta referencia filosófica no es compartida con los vecinos del Norte del hemisferio. En su lugar, se limita a decir que la concepción de un nuevo mundo derivada del mito bíblico “*could not be recognized and fully accepted as long as the theological spirit prevailed*” (1961:65).

Habiendo explicado cómo fue posible dentro de dicha cosmovisión aceptar otros mundos e integrarlos en un nuevo orden coherente, O’Gorman se ocupa de explorar el cambio de perspectiva de la visión insular a la visión continental del mundo. Esta explicación acontece en el apartado V de la tercera parte del libro y es radicalmente distinta en ambas versiones. En inglés, introduce una analogía cuya omisión es manifiesta en español y cuyos primeros párrafos, a continuación, cito *in extenso*:

We may compare the four continents with four human individuals, whose bodies are made according to the same biological model, something that they cannot change at will.

But besides their biological existence, each has a personal life, a unique and different biographical or spiritual being.

Let us further imagine that, of these four men, three have always lived together, and that one of these three has the peculiarity of believing that the way in which he personally conceives the paramount ideas of human life has universal validity; his personal values are, to him, not subjective and relative, but objective and absolute. This man will naturally consider himself capable of determining the meaning or significance of the life of the other two men, of judging them by his own standards, thus setting himself up as the paradigm and the source of what constitutes true humanity.

Now, suddenly, a fourth man appears of whom nothing is known. He is recognized as an individual of the human species, since his biological structure is obviously human. This is not sufficient, however, to identify the newly-arrived individual as a person, for though his physical appearance is that of a man, his spiritual being is unknown. So it was when America appeared on the historical horizon of Europe (1961: 134).

Acto seguido, la voz de este relato alegórico señala que al recién llegado se le dan dos opciones para acceder a un “ser espiritual” [*spiritual being*] y convertirse en un miembro de la comunidad. La primera de estas opciones es “*adapting himself as closely as possible in all respects to the model that has been set up for him*”. Esta primera vía de acceso al ser es la

de la “imitación”. La segunda, “*trying to realize on his own, at his own risk, the possibilities implied in the way of living exemplified by the model, with regard to personal circumstances and idiosyncrasies*” (1961: 135), es considerada como la vía de la “originalidad”. Con base en esta ilustrativa parábola, O’Gorman procede a indicar que ambas vías permitirán dar cuenta del tipo de ser espiritual concedido a la nueva entidad geográfica y sus habitantes.

En contraste, en el mismo apartado V de la tercera parte del libro en español pueden leerse los siguientes párrafos:

La idea de que el *orbis terrarum*, la Isla de la Tierra que alojaba al mundo, contenía tres entidades distintas, Europa, Asia y África es una noción cuyo origen se remonta a Hecateo, quien al parecer fue el que introdujo en la división bipartita conocida por Homero –regiones del norte y regiones del sur– una distinción que, andando el tiempo, acabó por afirmarse como la “tercera parte” del mundo. Herodoto da cuenta de esa novedad, y aunque, en principio, se atiene a la división antigua, cuyas partes ya se conocían con los nombres de Europa y Asia, de hecho, acepta la modificación de Hecateo, puesto que le concede a Libia, es decir a África, un tratamiento por separado. Y si de una mirada abarcamos el gran despliegue de la ciencia geográfica en la Antigüedad representado, a partir de Herodoto, por Eratóstenes, Hiparco, Polibio, Estrabón, Mela, Plinio, Marino y Tolomeo, para solo mencionar lo más ilustre, se

advierte que la división tripartita se fue afirmando y precisando hasta convertirse en la base imprescindible de aquella disciplina.

Pero importa mucho comprender que no se trata de una distribución meramente territorial como, por ejemplo, la que divide estados o provincias en una nación moderna, sino de la interna y constitutiva organización cultural del mundo (1977: 147).

Acto seguido, la voz expositora en este fragmento problematiza el sentido moral que, atribuido a cada una de las entidades geográficas mencionadas, las individualiza cultural e históricamente, situándolas después en una jerarquía en la que “Europa ocupa el más alto peldaño, pero no por razones de riqueza o abundancia, ni nada que se le parezca, sino porque se estimaba como la más perfecta para la vida humana o, si se quiere, para la realización plenaria de los valores de la cultura” (1977: 147). De acuerdo con lo anterior, el cristianismo se habría apropiado de estas nociones y mediante la patrística se habría asegurado de transmitir las hasta el momento en que “la experiencia obligó a reconocer que existía una ‘cuarta parte’” (1977:148).

Como puede constatarse por el contraste anterior, esta divergencia va más allá de cambios sintácticos o de adaptaciones que buscarían respetar las capacidades expresivas de cada lengua y, antes bien, aborda la exposición en las dos

lenguas de manera radicalmente distinta. Tenemos, por un lado, un relato alegórico que evoca la aparición de otro mundo desprovisto de un “ser espiritual” al cual se le ofrecen dos opciones. Por el otro, una exposición de las concepciones geográficas que desde la Antigüedad lograron transmitirse y ordenarse jerárquicamente en la cosmovisión cristiana. ¿Qué podría haber motivado este cambio de ruta en la exposición? Una primera hipótesis explicativa es la situación de enunciación de la versión de 1961. Recordemos que el volumen publicado en la editorial de la Universidad de Indiana tuvo el propósito de publicar las conferencias que O’Gorman dictó a fines de 1958 en esa universidad. El formato de la exposición oral, que impone otros recursos expositivos más proclives a mantener la atención del público, constituye en efecto una explicación plausible. Con este pequeño cuento, O’Gorman habría efectivamente atajado la exposición, con gran economía de un tema tan arcano como la geografía antigua, logrando por consiguiente exponer, así sea en tono alegórico, en unos cuantos párrafos lo que en el texto en español abarca los dos apartados siguientes.

Visto lo anterior, era de esperarse que a partir de aquí (apartado V de la cuarta y última parte del libro) ambas versiones siguieran caminos paralelos y lo hicieron. Así, la versión en inglés dedica el apartado VI a la explicación de la

geografía de la Antigüedad y el VII, al “problema del indio americano” el cual en español se trata en el VI. En español, en cambio, el apartado VII tiene apenas 4 párrafos explicativos del sentido de los términos “Viejo Mundo” y “Nuevo Mundo”. La relación entre ambas versiones en estos últimos apartados se antoja, efectivamente, un juego de prestidigitación mediante el cual O’Gorman desplaza, compensa, sintetiza y, sobre todo, adapta la exposición a sus dos públicos, o para seguir recurriendo a la terminología del análisis del discurso, construye dos coenunciadores distintos.

Las consecuencias del contraste son aún más contundentes si tomamos en cuenta que la analogía entre cuatro continentes y cuatro seres humanos, uno de los cuales tendría la opción de elegir entre dos vías de acceso al ser, en el texto en español es reemplazada por la exposición del “problema del indio americano”. En otros términos, ahí donde al lector anglófono se le presenta la diferencia entre las dos Américas como una cuestión de “elección” entre dos discursos civilizatorios (disyuntiva que refuerza el discurso de la libertad individual), para el lector hispanohablante esta disyuntiva es reemplazada por un recuento de cómo las civilizaciones indígenas “no podían aspirar a ser estimadas como expresiones *sui generis* de un modo peculiar de realizar la vida humana y quedaban sujetas al juicio que les correspondiera en

referencia a la cultura cristiana, erigida, como ya vimos en el modelo dispensador de significación histórica” (1977: 150). En consecuencia, ambas versiones contribuyen, cada una con sus propios recursos, a confirmar una doxa que reafirma las diferencias entre las dos Américas: de un lado la libertad necesaria y del otro la fatalidad insuperable.

En el apartado VIII ambas versiones aparentemente vuelven a confluír, aunque de nuevo, cada una en sus propios términos. El texto en inglés remite de nueva cuenta al forastero recién llegado al discurso civilizatorio (“*we recall that our alien stranger had two roads that he might follow*” [1961: 141]). El texto en español plantea por primera vez la disyuntiva entre las dos Américas, pero lo hace apelando a la manera en que el “ser moral” del Nuevo Mundo se define con base en la “posibilidad de realizar una nueva Europa” (1977: 153). Esta es una posibilidad que se actualizó de dos maneras y no, como en el relato alegórico, una elección ante la cual el hombre americano se situaba.

El camino de la imitación y el camino de la originalidad caracterizan entonces la doble actualización de Europa en América. Al describir el camino de la imitación, O’Gorman lo considera como portador de una autenticidad relativa en cuanto que actualizó un ser, aunque este no pueda sino considerarse como “mimético” y “postizo” (1977: 155). Además

de un alegato apologético en favor del proyecto colonial hispano, “que no conoció más discriminación racial que la consagrada en un cuerpo de disposiciones paternas y protectoras del indio contra la rapacidad y el mal ejemplo de los españoles” (1977: 154), el autor vuelve a diferenciar ambas versiones al integrar, en el texto en español una sentida y extensa reivindicación del criollismo, de la cual solo retomo el primer párrafo:

Lo que puede considerarse como más propio de la modalidad criolla, a saber: el desaforado y genial abuso de ciertas formas hispánicas de la expresión plástica y literaria; la entrega sin reservas a la metáfora y a la anfibología en todos los órdenes de la vida; la delirante exaltación de verdaderas o supuestas excelencias naturales y morales propias; el rescate de la historia prehispánica como un devenir que no hacía excepción en el armonioso concierto de la marcha providencial del hombre hacia su destino sobrenatural, y en fin, el espaldarazo celeste e inmenso consuelo del portento guadalupano, fueron otros tantos senderos de afirmación propia, pero por lo mismo, implican el reconocimiento de una encrucijada ontológica sin salida en cuya estrechez se participaba, sin embargo, con el orgullo de ‘fidelísimos vasallos de su majestad católica’ (1977: 155-56).

En su lugar, en inglés, apenas unas líneas que resumen “a form of authentic and genuine historical life” (1961:143) y la amplia descripción del segundo modelo, el de la originalidad de la América anglosajona; descripción que concluye con una nueva comparación (omitida en el texto en

español): “If the martial courage of the conquistadors and the self-denial and patience of the monks claim our admiration and gratitude, no less worthy of praise are the early settlers and pioneers who laid the foundations for the great republic of the modern world” (1961: 144). Este contraste prosigue párrafos más adelante, ya hacia la conclusión de la obra, en la cual la voz expositora reitera con admiración la contribución de las dos Américas a la liberación ecuménica:

It was the Spanish part of the invention of America that liberated Western man from the fetters of a prison-like conception of his physical world, and it was the English part that liberated him from subordination to a Europe-centered conception of his historical world. In these two great liberations lies the hidden and true significance of American history (1961: 45).

Merced a esas dos contribuciones, principalmente ibérica, la primera, anglosajona, la segunda, el hombre de Occidente se liberó de la antigua cárcel de su mundo insular y de la dependencia moral del europeocentrismo de la vieja jerarquía tripartita. En esas dos liberaciones de tan alto rango histórico se finca la grandeza de la invención de América, el doble paso decisivo e irreversible, en el cumplimiento del programa ecuménico de la Cultura de Occidente (1977: 159).

¿Hará falta reiterar los cambios sintácticos y de énfasis, los recursos retóricos y la información que parece complementar

ambas versiones antes que oponerlas? Después de los fragmentos citados en los contrastes que aquí he ido presentando, tal vez esto ya no sea necesario y no sorprenda. Bajo la pluma del autotraductor se antojan, por el contrario, como ejemplos de lo que “debería” ser toda traducción que corra por su propia senda, reformulando, adaptando, completando según sea necesario para lograr interpelar a un “lector meta” específico. Aún más, las divergencias contribuyen a construir textos que son tan distintos y a la vez tan semejantes que seguir insistiendo en su parentesco, lejano o cercano, parecería redundante. Y, sin embargo, cómo no reparar en el hecho de que la versión en inglés concluye con el significado de la historia americana; invención ya indiscutible si hemos de asentir ante el alegato del libro, mientras que en español se vuelve a señalar el punto de partida de esta invención, esto es la cultura de Occidente. De nueva cuenta, ambas versiones se sitúan casi en posición equidistante; una, anclada ya en el nuevo mundo, la otra, rastreada desde su punto de partida, en el viejo. En el fondo, empero, un sustrato común las hermana: el haber actualizado la posibilidad de libertad que O’Gorman, con tanta diligencia, se dio a bien reconocer y reconstruir a partir del mito de la caída. La liberación que así se define como punto en común hacia el cual las dos Américas fluyen de manera inevitable es también el punto en que la versión de 1977 da un paso más y de nuevo toma distancia de su homóloga anglófona, para pronunciarse por

la manera en que esta libertad es constitutiva e inseparable, no solo del proceso mediante el cual el ser humano llegaría a su estatus más acabado y completo, sino del programa cultural occidental. Si hemos de aceptar la última tesis con la que concluye su versión en español, para el autor, el cumplimiento de tal programa y la “grandeza” de la promesa de libertad que lleva implícita son un fin que justifica todos los medios:

Grandeza que lo es tanto más cuanto que, entre todos los proyectos de vida que se han imaginado y ensayado a lo largo de la historia universal, ese programa es el único con verdadera posibilidad de congregarse a todos los pueblos de la Tierra bajo el signo de la libertad. Que el alcance de esa meta implique un recorrido de violencia e injusticias, que durante él se corra incluso el riesgo de un holocausto atómico, no debe impedir la clara convicción acerca de la autenticidad de aquella suprema posibilidad histórica. El destino humano no está predeterminado por algún desenlace fatalmente necesario, y por eso no hay otra política en verdad humanista que no sea la de cooperar en la realización de aquella última meta. Tengamos siempre a la vista la catástrofe que le sobrevino a la civilización ática no por agencia del obscuro poderío lacedemonio, sino por las disensiones demagógicas y falso patrimonio que denunciaba Pericles como el verdadero enervante en la marcha de la civilización (1977: 159).

No es fortuito, en el contexto del latinoamericanismo de la Guerra Fría, que esta defensa a ultranza de una libertad,

cuya única realización se sitúa en el programa civilizatorio occidental, se presente en la edición en español de la obra; una versión a la que el paso del tiempo y la falta de una tercera edición en inglés, designara finalmente como la definitiva y, a decir de su autor, una “renovada versión de la obra que, entre las más, estimo la menos indigna de exponerse de nuevo a los rigores de la luz pública” (1977: 8).

Solo con base en ese contexto es posible interpretar la serie de oposiciones que subyacen a este último y renovado alegato a favor de la libertad, en el que la comparación entre las dos Américas parece ceder el paso a un frente común contra una amenaza, que apenas logra articularse en la opaca referencia a la Atenas de Pericles. En el periodo transcurrido desde principios de los años cuarenta, momento en que un joven historiador habría intuido con entusiasmo por primera vez que en un texto historiográfico había mucho más en juego que los acontecimientos del pasado, hasta 1977, año consignado en el colofón de la edición que nos ocupa, las prioridades de este enunciador parecían haberse desplazado. Al litigio en contra de una historiografía cuya voluntad de plegarse a cierta concepción del mundo la habría llevado a consignar como “verdad histórica” la idea del descubrimiento de América, se sumaron la consiguiente demostración del papel de esa historiografía en la manufactura y transmisión de esa idea, la oposición entre el Viejo y el Nuevo Mundos,

y aquella entre las dos Américas, para en el último desplazamiento entre estas dicotomías, oponer al mundo occidental a la oscura amenaza del determinismo y la demagogia. Pero, cabe preguntar, ¿de dónde provenía esta amenaza? ¿Quién o qué la encarnaba? ¿Cuál era la razón para definirla como un ente exterior y contrario a la libertad característica de Occidente?

Sí, de acuerdo con O’Gorman, la doble liberación encarnada en las dos Américas daba lugar a ese programa occidental, “el único con verdadera posibilidad de congregar a todos los pueblos de la Tierra bajo el signo de la libertad”, podemos deducir que la amenaza más visible a este proyecto en 1977 venía de un programa de modernidad alterno y situado en sus antípodas, esto es, el socialismo soviético. Aunque no se explicita, no es improbable que O’Gorman haya aprovechado esta nueva edición de su obra para tomar posición en el escenario cultural de la Guerra Fría, cerrando filas con un americanismo concebido ahora como síntesis de las dos Américas. Que esta síntesis se realice en el vaivén entre el inglés y el español, tan característica de la producción de *La invención de América*, constituye un ejemplo paradigmático de la relación entre historiografía y traducción a la que me referí en la primera parte de este trabajo. Como mencioné entonces, con cada traducción, el historiador dota de nuevos significados y de nuevas potencialidades el relato sobre

el pasado. En las traducciones de O’Gorman, lo anterior dio lugar a una preocupación por mostrar una dimensión ontológica o performativa en el texto historiográfico. En otros términos, se trataba de mostrar que la historia tenía el poder de producir realidad. Este poder de producción se articuló de muy distintas maneras en los diferentes discursos latinoamericanistas de la Guerra Fría. Al confluir en los espacios de cooperación internacional y encuentro intelectual, con frecuencia de manera conflictiva, los discursos latinoamericanistas que se ocuparon de historiar la región desde las más variadas perspectivas coincidieron en el recurso a la traducción. Como conjunto de prácticas discursivas productoras de nuevas interpretaciones historiográficas y de espacios de interacción y sociabilidad, cuando se convierten en herramientas de la diplomacia cultural, las traducciones de las que me he ocupado aquí dieron forma a los discursos latinoamericanistas que contribuyeron a articular representaciones diversas de la región.



Notas

¹ La periodización de la Guerra Fría en Latinoamérica sigue, como lo ha sugerido Vanni Pettinà (2018), una cronología distinta a aquella establecida para las etapas del conflicto entre Estados Unidos y la URSS. Una primera etapa 1947-1954, llega a su fin con el golpe de Estado orquestado por la CIA contra el gobierno de Jacobo Arbenz. Una segunda fase, da inicio en 1959 con la Revolución cubana y el derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista, y se extiende hasta fines de los años sesenta que marcan un “desgaste de la ofensiva revolucionaria” (2018: 60). Una tercera fase, en la década de los años setenta se caracteriza por los golpes de Estado militares “apoyados directa o indirectamente por Washington” en Brasil, Chile, Uruguay, Argentina y Paraguay. Finalmente, la cuarta y última fase experimenta un desplazamiento de los conflictos hacia Centroamérica, en los años ochenta. La faceta cultural del conflicto inicia en 1954 con la llegada del Congreso por la Libertad de la Cultura, una fachada a través de la cual la CIA canalizó recursos destinados a promover la agenda ideológica estadounidense. La fachada se vino abajo en 1967, cuando el *New York Times* reveló estas fuentes de financiamiento (Iber 2015).

² Paraguay fue el único país latinoamericano sin representación oficial en esa Primera Reunión de Consulta. Entre las resoluciones aprobadas durante esta reunión, se incluyeron lineamientos para la producción de obras de historiografía, la promoción de estudios prehistóricos, la protección de libros y documentos, la creación de un Servicio Interamericano de Bibliografía y otro de Iconografía, el estudio de la historia de las universidades americanas y la publicación de un atlas

histórico de América, entre otros. Además del Comité de Historia de las Ideas en América, se formaron otros dos, dedicados a “Folklore” y “Archivos”, respectivamente. (“Primera reunión de consulta” 1947).

³ Es más que sugerente señalar que antes de proponer esta línea de investigación al IPGH, Zea la propuso en su intervención durante el Primer Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en la Universidad de Yale en 1943. Entre los miembros del Comité de Historia de las Ideas en América del IPGH estuvieron el propio Zea, Joaquín Sánchez MacGregor, José Gaos, Samuel Ramos, Luis Recaséns Siches, Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Eduardo García Máynez, de México; Rafael Heliodoro Valle, de Honduras; Francisco Romero, de Argentina; João Cruz Costa, de Brasil; Roberto Agramonte, de Cuba; Cornelius Krusé, de Estados Unidos y Mariano Picón Salas, de Venezuela. La reunión de la Comisión de Historia en la que se aprobó la creación del Comité propuesto por Zea se llevó a cabo en marzo de 1948 en El Colegio de México (Malagón 1948).

⁴ Entre 1942 y 1944, William Berrien fue subdirector de la División de Humanidades de la Fundación Rockefeller. A partir de 1944, impartió clases de literatura latinoamericana en la Universidad de Harvard.

⁵ En un trabajo reciente me ocupé de este tema y del papel que las bibliografías latinoamericanistas, numerosísimas en estos años, desempeñan en la construcción de redes intelectuales y en la circulación de traducciones. (Castro, *en prensa*).

⁶ El Programa de Humanidades de la Fundación Rockefeller otorgó becas e hizo numerosas donaciones a proyectos académicos y culturales en estos años. Álvaro Morcillo (2022) interroga los factores contingentes que influyen en la relación filantrópica entre donadores y destinatarios y sus efectos en el desarrollo del campo de las Relaciones Internacionales y su desarrollo en El Colegio de México. En 1945, la misma fundación hizo un donativo de \$15 000 dólares que contribuyó a transformar el Centro de Estudios Filosóficos de la UNAM en el actual Instituto de Investigaciones Filosóficas (García Máynez 1966:244). Entre 1943 y 1948, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México también recibió apoyo financiero de esta fundación para cubrir sus gastos de operación (Fernández Castro 2018: 45).

⁷ El libro de Crawford es otro punto de observación sugerente sobre el encuentro entre los discursos latinoamericanistas de la época. Alfonso Reyes le habría expresado a Berrien que el volumen estaba “lleno de errores” (Zea 2012 [1988]: 491). Por su parte, Gaos se libró a un ejercicio de traducción peculiar en la revista *Cuadernos Americanos*. Su recensión de la obra de Crawford apareció con el título traducido al español como “Un siglo de pensamiento latinoamericano”, pero a lo largo del texto numerosas citas de la obra de Crawford se mantienen en inglés, lo cual contribuye a enfatizar el carácter extranjero de la obra y su autor. La crítica de Gaos equipara la obra de Crawford a un mero “reportaje” y a una “doxografía”, motivo de “vergüenza” para los latinoamericanos. En sus propios términos: “Dada pues la forzosidad de la previa doxografía, los latinoamericanos debemos avergonzarnos de no haber hecho antes lo que el Sr. Rex Crawford, ni siquiera peor. Únicamente la anticipación

no parece haber sido fruto de una larga dedicación, sino haberse conseguido al precio de no llenar decisivamente el vacío que sigue existiendo. Y debemos darle las gracias” (Gaos 1945: 130).

⁸ La traducción de Abbott y Dunham merece un análisis independiente en el que no puedo detenerme en este espacio. Sin embargo, sobre la traducción de “mind” entre el español y el inglés, en este mismo contexto, remito al trabajo reciente de Aurelia Valero (2022) sobre la traducción al español de *The Making of the Mexican Mind* de Patrick Romanell.

⁹ Entre 1953 y 1966, la Fundación Ford hizo donativos que alcanzaron los \$ 270 millones de dólares en el marco de su *International Training and Research Program* (Eakin 1988:547). Esta suma financió un “enfoque multifacético” hacia Latinoamérica, el cual, “en 1962, otorgó \$1 millón de dólares al *Social Sciences Research Council* para cubrir el costo de un programa de tres años de intercambios entre instituciones latinoamericanas y universidades estadounidenses, entre las cuales la Universidad de California en Berkeley, Universidad de California en Los Ángeles, Columbia, Harvard, Minnesota y Texas. Al año siguiente, autorizó \$1.5 millones para investigación ‘exploratoria y experimental’, \$400 000 para becas postdoctorales a latinoamericanistas prometedores y otros estudiosos que quisieran especializarse en el campo, \$250 000 para la *Hispanic Foundation* de la Biblioteca del Congreso para desarrollar bibliografías y otras herramientas de investigación y para coordinar la adquisición nacional de materiales latinoamericanos, \$275 000 para universidades en Nueva York y Chicago para la investigación de profesores y estudiantes de postgrado, \$575 000 a la Universidad de Texas

para investigar y desarrollar varias disciplinas relacionadas con el área mesoamericana. La Universidad de Cornell también recibió \$550 000. En 1965, la fundación dio becas que ascendieron a 2.65 millones a las universidades de Florida, Nuevo México, Stanford, Tulane y Wisconsin para apoyar el desarrollo de los Estudios Latinoamericanos” (Delpar 2008:160). Por su parte, la “*Carnegie Corporation* otorgó a la Universidad de Cornell \$250 000 para financiar una investigación de cinco años en el área andina y \$190 000 al *American Council of Learned Societies* y al *Social Sciences Research Council* para promover la investigación en el área. Esta última beca se extendió por tres años y, en 1962, se autorizó un monto adicional de \$50 000” (2008:157).

¹⁰ Con base en entrevistas en las que el propio Zavala matizó su postura con respecto a esta oposición, Luna Santiago propone un retrato alternativo del historiador hacia fines del siglo XX, afirmando que Zavala “no fue oído en las reflexiones historicistas” (2018: 200).

¹¹ Con todo, no deja de sorprender que, al menos en los primeros diez números de la revista, las lenguas representadas sean sobre todo el español y el inglés. El portugués y el francés aparecen raramente y, cuando lo hacen, esto sucede en el espacio de las reseñas, lo cual es también sugerente, en cuanto que estas son a su vez reveladoras de prácticas traductorales importantes.

¹² La nómina de traductores da cuenta de la empresa colectiva y pluridisciplinar que se pone en marcha para la construcción del campo latinoamericanista estadounidense de esos días. Pablo Max Ynsfrán (1894-1972) hizo estudios en

la Universidad de Georgetown en Washington y perteneció al servicio exterior paraguayo, como representante del cual participó en repetidas misiones diplomáticas, antes de exiliarse en Estados Unidos a partir de 1940. En la Universidad de Texas en Austin impartió la cátedra de Historia Hispanoamericana. Tradujo al inglés las memorias del Mariscal Estigarribia con el título *The Epic of the Chaco War* (1950) y al español *The origins of the Paraguayan war* de Pelham Horton Box (1923), con “anotaciones muy importantes”. De acuerdo con su biógrafo, “Es prosador de estilo sobrio y claro. Su dicción es de académica pureza castellana. En inglés habla y escribe con propiedad y elegancia. En guaraní se expresa con encantadora fluidez” (Centurión 1951). Ramón Martínez-López (1907-1989), lingüista, historiador y político gallego exiliado en Estados Unidos. Entre 1940 y 1971, fue profesor de lengua y literatura española y portuguesa en la Universidad de Texas en Austin. Su traducción al español *San Pablo*, de Teixeira de Pascoaes, se publicó con un prólogo de Unamuno (Real Academia de la Historia). George Schade (1926-2010) fue profesor de literatura latinoamericana también en la Universidad de Texas en Austin. De acuerdo con el obituario que esa Universidad le dedicó, “he spent a great deal of time making literature he devoted his life to studying available to those who do not know Spanish through his translations, and they are a significant part of the legacy he leaves us” (Department of Spanish and Portuguese). Tradujo a Rosario Castellanos, Octavio Paz, Juan José Arreola, Juan Rulfo y Pablo Neruda. Al momento de celebrarse el congreso, Charles L. Eastlack (1933-2018) era estudiante del posgrado en Lingüística en Austin, programa que combinó con el de Estudios latinoamericanos. Tras graduarse, fue profesor de lingüística

en la Universidad de Cornell desde donde publicó estudios sobre la lengua terena, de Brasil, el cambio diacrónico en la fonética del español peninsular y del guaraní. Junto con George Isidore Sánchez, publicó *Say it the Spanish Way. A Guide to Spanish Pronunciation* en la Texas Good Neighbor Commission

¹³ De hecho, la obra tuvo dos ediciones en inglés. La primera en 1961 en la editorial de la Universidad de Indiana; la segunda, en 1972, en la editorial Greenwood Press. Lo anterior da cuenta de una recepción más o menos sostenida en ese periodo.

¹⁴ El término “coenunciador” viene de la teoría de la enunciación que sostiene que toda construcción discursiva o enunciación, al construirse, se amolda a un “interlocutor” determinado, por lo cual este último desempeña un papel menos pasivo y puede considerarse como partícipe o co-enunciador del discurso.

¹⁵ Para entonces ya tenía en su haber las siguientes traducciones: *Teoría de los sentimientos morales*, de Adam Smith (1941), *Diálogos sobre religión natural*, de David Hume (1942), *El derecho divino de los reyes y tres ensayos adicionales*, de John Neville Friggis (1942), *La polémica entre Croce y Gentile: un diálogo filosófico* (1946) y *La formación de la mentalidad mexicana: Panorama actual de la filosofía en México 1910-1950* (1954), ambas de Patrick Romanell, *La idea de la historia*, de Robin Collingwood (1952, con Jorge Hernández Campos) y *El ensayo sobre el entendimiento humano*, de John Locke (1956).

¹⁶ Desde una perspectiva discursiva, el “tercero”, sin ser protagonista explícito es un componente fundamental de la relación comunicativa, pues, aunque no se le asigna un papel agente, su confección recorta o “perfila las características de las primeras o las segundas personas” (Montes y Charaudeau 2009:10).



Bibliografía

ABBOTT, JAMES H. y LOWELL DUNHAM (1963). “Translators’ Preface”, in Leopoldo Zea, *The Latin American Mind*, Norman: University of Oklahoma Press. vii-ix.

AMOSY, RUTH (2016). *L’Argumentation dans le discours*, Paris: Armand Colin.

ARDAO, ARTURO (2018[1986]). “Panamericanismo y latinoamericanismo”. En K. Batthyany and Gerardo Caetano (eds), *Antología del pensamiento crítico uruguayo contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO. https://www.jstor.org/stable/j.ctvfjd0w9.14#metadata_info_tab_contents (accessed 10 August 2022).

AUTHIER-REVUZ JACQUELINE (1982). “Hétérogénéité montrée et hétérogénéité constitutive: éléments pour une approche de l’autre dans le discours”. *Documentation et recherche en linguistique allemande contemporain* (26): 91-151. <https://doi.org/10.3406/drlav.1982.978>

AVELAR, IDELBER (2000[1997]). “Toward a Genealogy of Latin Americanism”. *Dispositio/n* 22 (49): 121-133. <https://www.jstor.org/stable/41491551>

BENVENISTE, ÉMILE (1970). “L’appareil formel de l’énonciation”, *Langages*, núm. 17, *L’Énonciation*, pp. 12-18.

BUMGARTNER, LOUIS (1962). “The Invention of America: An Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History, by Edmundo O’Gorman”. *The William and Mary Quarterly* 19 (3): 464-466. <https://www.jstor.org/stable/1920108>

BURKE, PETER Y R. PO-CHIA HSIA (eds.) (2010). *La traducción cultural en la Europa moderna*. Trad. Jesús Izquierdo Martín y Patricia Arroyo Calderón. Madrid: Akal.

CALKINS, WENDELL N. (1961). “The Invention of America: An Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History, by Edmundo O’Gorman”. *Indiana Magazine of History* 57 (3): 253-254.

CASTRO RAMÍREZ, NAYELLI (2018). *Hacerse de palabras. Filosofía y traducción en México, 1940-1970*. México: Bonilla Artigas Editores.

CASTRO RAMÍREZ, NAYELLI (En prensa). “Traducción y bibliografía: una biblioteca latinoamericanista para la Guerra Fría (1945-1971)”, en Gertrudis Payàs y Danielle Zaslavsky (eds.), *La traductología latinoamericana. Miradas locales*. México: Bonilla Artigas Editores.

CENTURIÓN, CARLOS R. (1951). *Historia de las letras paraguayas*, Buenos Aires: Editorial Ayacucho. http://www.portalguarani.com/372_carlos_r_centurion/12019_la_revisita_cronica_por_carlos_r_centurion.html

CHAUNU, PIERRE (1952). "Memoria del primer Congreso de Historiadores de Mexico y los Estados Unidos celebrado en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México del 4 al 9 de septiembre de 1949". *Annales. Economies, sociétés, civilisations* (1): 134-135.

CLINE, HOWARD (1966a). "The Latin American Studies Association: A summary Survey with an Appendix". *Latin American Research Review* 2 (1): 57-79.

CLINE, HOWARD (comp.) (1966b). *Historians of Latin America in the United States, 1965. Biobibliographies of 680 specialists*. North Carolina: Duke University Press.

CLINE, HOWARD (1967). "United States Historiography of Latin America". En Howard Cline (ed.), *Latin American History. Essays on Its Study and Teaching, 1898-1965*, Vol. 2, Austin: University of Texas Press. 568-574.

COHN, DEBORAH (2006). "A Tale of Two Translation Programs. Politics, the Market, and Rockefeller Funding for Latin American Literature in the United States during the 1960s and 1970s". *Latin American Research Review* 41(2): 139-164.

CRAWFORD, WILLIAM R. (1944). *A Century of Latin American Thought*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

DEGIOVANNI, FERNANDO (2018). *Vernacular Latin Americanisms. War, the Market, and the Making of a Discipline*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

DELPAR, HELEN (2008). *Looking South. The Evolution of Latin Americanist Scholarship in the United States. 1850-1975*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.

Department of Spanish and Portuguese (2010). "In Memoriam. George Schade (1926-2010)". <https://liberalarts.utexas.edu/spanish/news/in-memoriam-george-schade>

EAKIN, MARSHALL (1998). "Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists". *The History Teacher* 31 (4): 539-561. <https://www.jstor.org/stable/494316>.

FERNÁNDEZ CASTRO (2018). "Silvio Zavala y la historiografía americana. Una vida de vínculos intelectuales". *Revista de Historia de América* (155): 33-55. <https://www.revistasip-gh.org/index.php/rehiam/article/view/287>

GAOS, JOSÉ (1945). "Un siglo de pensamiento latinoamericano". *Cuadernos Americanos* (marzo-abril): 118-130. www.cialc.unam.mx/ca/CuadernosAmericanos.1945.2/CuadernosAmericanos.1945.2.pdf

GAOS, JOSÉ (1990 [1945]). "El pensamiento hispano-americano. Notas para una interpretación

histórico-filosófica”. En *Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, Obras Completas, tomo VI. México: UNAM. 31-107.

GARCÍA MÁYNEZ, EDUARDO (1966). “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”. *Diánoia* 12 (12): 240-248. <https://dianoia.filosoficas.unam.mx/index.php/dianoia/article/view/1186>

GRUTMAN, RAINIER (2020). “Self-translation”. En Mona Baker y Gabriela Saldanha (eds.), *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*, 3ª edición. London & New York: Routledge. 514-518.

HANKE, LEWIS (1989). “Experiencias con Silvio Zavala (1933-1949): Algunos recuerdos al azar”. Trad. Isabel Vericat. *Historia Mexicana*, 38 (4): 601-607. <https://www.jstor.org/stable/25138246>

IBER, PATRICK (2015). *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

JOSEPH, GILBERT M., DANIELA SPENSER (2008). *In from the Cold War. Latin America's New Encounter with the Cold War*. Durham: Duke University Press.

KELLER, RENATA (2013). "Building 'Nuestra América': National Sovereignty and Regional Integration in the Americas". *Contexto Internacional* 35 (2): 537-564.

LEWIS, ARCHIBALD R. Y THOMAS F. MCGANN (eds.) (1963). "General Introduction". *The New World Looks at Its History. Proceedings of the Second International Congress of the United States and Mexico*. Austin: University of Texas. vii-ix.

LOS EDITORES (1938). "Propósitos". *Revista de Historia de América* (1, marzo): v-vi. <https://www.jstor.org/stable/20529452>

LUNA SANTIAGO, GERMÁN (2018). "Vuelta al cliché Silvio Zavala positivista". *Revista de Historia de América* (155): 431-434. <https://revistasipgh.org/index.php/rehiam/article/view/300>

MALAGÓN, JAVIER (1948). "Comité de Historia de las Ideas en América". *Revista de Historia de América* (26): 431-434. <https://www.jstor.org/stable/20137725>

MONTES, ROSA GRACIELA Y PATRICK CHARAUDEAU (2009). *El "tercero". Fondo y figura de las personas del discurso*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

MORA MURO, JESÚS IVÁN (2018). "Silvio Zavala y la institucionalización/profesionalización de la historia en México, 1933-1950". *Revista de Historia de América* (155): 57-89.

MORCILLO, ÁLVARO (2022). “The Cold War Origins of Global IR. The Rockefeller Foundation and Realism in Latin America”. *International Studies Review* 24 (1): 1-26. <https://academic.oup.com/isr/article/24/1/viab061/6537643> (consultado el 24 de agosto de 2022).

MORSE, RICHARD (1959). “La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente, by Edmundo O’Gorman”. *The Hispanic American Historical Review* 39 (2): 273-74. <https://www.jstor.org/stable/2509326>

MUNDAY, JEREMY (2008). *Style and Ideology in Translation. Latin American Writing in English*. Abingdon & New York: Routledge.

MYERS, JORGE. (2016). “Músicas distantes. Algumas notas sobre a histórica cultural hoje: horizontes velhos e novos, perspectivas que se abrem”. En Maria Elisa Noronha de Sá (ed), *História intelectual latino-americana: itinerários, debates y perspectivas*. Rio de Janeiro: Editora PUC-RIO. 23-65.

NOWELL, CHARLES E. (1954). “La idea del descubrimiento de América: historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos. By Edmundo O’Gorman”. *The Hispanic American Historical Review* 34 (2): 194-197. <https://www.jstor.org/stable/2509326>

NOWELL, CHARLES E. (1962). "The Invention of America. An inquiry into the historical nature of the New World and the meaning of its history. By Edmundo O'Gorman". *The Hispanic American Historical Review* 42 (2) : 234-236. <https://www.jstor.org/stable/2510302>

O'GORMAN, E. (1961). *The Invention of America. An inquiry into the historical nature of the New World and the meaning of its history*. Bloomington: Indiana University Press.

O'GORMAN, E. (1977). *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y el sentido de su devenir*. México: FCE.

PENROSE, BOIES (1962). "The Invention of America: An Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History". *The Pennsylvania Magazine of History and Biography* 86 (1): 91-92. <https://www.jstor.org/stable/20089478>

PETTINÀ, VANNI (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. México: El Colegio de México.

PITA GONZÁLEZ, ALEJANDRA Y MARÍA DEL CARMEN GRILLO (2021). *La Revista Historia de América. Silvio Zavala y la red de estudios americanistas, 1938-1948*. www.teseopress.com/revistadehistoriadeamerica/

“Primera reunión de consulta de la Comisión de historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia” (1947). *Revista de Historia de América* (24): 343-381. <https://www.jstor.org/stable/20137628>

RAMOS, CARMEN (2018 [1969]). “Edmundo O’Gorman como polemista”. En Juan Ortega y Media (ed.), *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*. México: UNAM. 49-68. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/114/conciencia_autenticidad.html

Real Academia de la Historia (s.f.). “Ramón Martínez López”. <https://dbe.rah.es/biografias/80069/ramon-martinez-lopez>

R.E.M. (1963). “The Latin-American Mind by Leopoldo Zea, James H. Abbott and Lowell Dunham”. *Journal of Inter-American Studies* 5 (4, Oct.): 555-556. www.jstor.org/stable/165179

RODRÍGUEZ CONTRERAS, C. (2019). “La laboración de la primera serie de Historia de las Ideas del IPGH, 1948-1956”. *Revista de Historia de América* (157): 189-215. <https://revistasipgh.org/index.php/rehiam/article/view/75>

RODRÍGUEZ DE LECEA, TERESA (1996). “Una entrevista con Edmundo O’Gorman” *Historia Mexicana* XLVI (4): 955-969.

ROIG, ARTURO ANDRÉS (1977). “De la Historia de las Ideas a la Filosofía de la Liberación”. *Latinoamérica. Anuario de estudios latinoamericanos* (10): 47-72.

SAUNDERS, FRANCES STONOR (1999). *The Cultural Cold War. The CIA and the World of Arts and Letters*. New York: New York Press.

VALERO, A. (2014). “José Gaos, Edmundo O’Gorman, Leopoldo Zea y el Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española”. *Historia Mexicana* 63 (4): 1761-1807. https://www.jstor.org/stable/43744186#metadata_info_tab_contents.

VALERO, A. (2022). “Cuando traducir es inventar: actores, redes y contextos en la recepción en Norteamérica de José Ortega y Gasset”. En A. Valero (ed.), *Historia intelectual y traducción. Más allá de las fronteras nacionales*. Xalapa: Universidad Veracruzana. 173-220.

ZAVALA, SILVIO (1949). “Primer Congreso de Historiadores de Estados Unidos y México”. *Revista de América* (28, diciembre): 436-440.

ZEA, LEOPOLDO (2012 [1998]). *Leopoldo Zea (1912-2004). Un proceso intelectual. En torno a una filosofía americana. Dos etapas en el pensamiento de Hispanoamérica*. Ed. Facsimilares. Estudio introductorio de Andrés Lira. México: El Colegio de México.

TRADUCCIONES, ENCUENTROS
Y DESENCUENTROS EN LA
HISTORIOGRAFÍA
LATINOAMERICANISTA
DURANTE LA GUERRA FRÍA

Fue impreso en papel cultural ahuesado
de 90 gr. en Tempera Impresos
José Azueta No. 215 A, Col. Centro,
Xalapa, Veracruz. Tel. 228 890 35 53.
Para su composición se emplearon las
familias Eb Garamond y Bodoni 72
Oldstyle. Se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 2022.
La edición estuvo bajo el cuidado
de Rodrigo García de la Sienra
y consta de 300 ejemplares.

